

Ojo por diente
Fernando de la Vara



[canto rodado]

- © Fernando de la Vara
- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura
- © Secretaría de Cultura de Coahuila

Juárez 319, Zona Centro

C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Correo electrónico: premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán

Diseño editorial: www.amonite.com.mx

ISBN Colección: En trámite

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Diciembre, 2019

Este libro es de distribución gratuita y sin fines de lucro.

*Considero la vida un apeadero donde tengo que esperar hasta que
llegue la diligencia del abismo. No tengo ni idea de hacia dónde me ha
de llevar, pues no tengo idea de nada.*

Fernando Pessoa, Libro del desasosiego

Dentelladas y certezas

El verde y la plaga

Son las siete y media de la mañana. Tengo que sacar la basura a la esquina. Recién llegué en la madrugada de un viaje corto y me di cuenta de que olvidé deshacerme de ella.

Llego a la esquina con la bolsa de basura. Le escurre líquido podrido. No sé ni me interesa saber qué es. Me da mucho asco. Lo que me orilla a sacar la basura es el olor, no otra cosa. Seguro que el infierno hiede.

El camión recolector se me adelanta. El montón de desperdicios que normalmente se junta en la esquina ya ha desaparecido. Ni modo: a caminar a la siguiente colonia para tirar la bolsa. Eso tiene algunas ventajas: es temprano, es sábado, está nublado, casi no hay gente; me gusta caminar. Las desventajas: cargar una bolsa pestilente por más de siete calles, ir en huaraches y que de repente el líquido que desprende salpique mis pies. Ni pensar en volver a casa y dejar que la basura siga en fermentación durante un par de días, hasta la nueva recolección.

El mundo es muy diferente por las mañanas, pero eso probablemente pocos lo sepan. Todos se levantan temprano por obligación, no por gusto. Es un martirio para la mayoría. Escolares, oficinistas, corredores... Para mí, dejó de serlo desde que abandoné el empleo en la agencia y me dediqué a trabajar por mi cuenta. Me siento afortunado: las únicas deudas que tengo son con mis vicios. Y no son muy difíciles de complacer. Además, son baratos.

Desde que me levanto temprano me he vuelto más observador. Hace un par de años que acostumbro pasear durante unos cuarenta y cinco minutos. He notado cómo cambia constantemente la ciudad, cómo cambia la gente. He descubierto casas que segura-

mente estaban ahí desde antes del nacimiento de mis padres y que por una u otra razón nunca noté. Y eso me desconcierta bastante. ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo en el mismo barrio y pasar de largo casas tan peculiares?

Estoy a dos cuadras de mi casa. Paso por enfrente de la fachada de los De la O: un terreno que ocupa una cuadra completa y que pertenece a unos empresarios que se negaron a cambiar de barrio a uno más moderno, a las orillas, donde se asentaron los demás ricos del rumbo. El barrio en el que se encuentra el terreno, y mi casa, es el centro antiguo, cuna de la ciudad, que desde hace unas décadas entró en una espiral de olvido y de violencia, pero estoy seguro que si no fuera por el deterioro, parecería estar congelado en el tiempo y las rentas fácilmente costarían cuatro o cinco veces más.

La delincuencia les pasó factura a los De la O, y ellos no sólo se mudaron de casa, sino también de país. Lo último que se supo de ellos es que vivían en Dallas y que no tenían intenciones de regresar.

Me doy cuenta de que un rastro de pestilencia y gotitas verdes que salen de la bolsa se extiende tras mis pasos. Podredumbre. Espero que el líquido acabe por derramarse pronto para que no me siga salpicando los pies.

Me molesta involucrarme en asuntos que no son de mi incumbencia. Creo que a nadie le gustan los problemas gratuitos, pero ya es demasiado tarde: encontré uno. En la bocacalle de la casona de los De la O, hay más de una docena de soldados y otros tantos policías, unas cuantas patrullas y vehículos militares alrededor de una casa acordonada. Todos se amontonan en una especie de círculo. Desde que soltaron a los soldados a la calle, en lugar de sentirme más seguro, me siento más angustiado.

No me gusta convivir con gente armada, aunque sea la que “me cuida”. Me los topo en los restaurantes, en los bancos, en los Oxxos, hasta en los baños de los centros comerciales. “Mira, un militar en el mingitorio, no hay que mear ahí”, imagino a un guardaespaldas diciéndole eso al narco junior. “Cállate, yo meo donde me da la gana –el señorito de los cielos contestándole a su guarro-. De seguro el sorcho la tiene chiquita”.

Un militar se cruza en mi camino y me detiene:

—A dónde se dirige, señor.

—Voy a tirar la basura.

—Muéstreme una identificación.

—No traigo ninguna. Sólo salí a tirar la basura...

—Entonces, por favor, muéstreme lo que lleva en la bolsa —se pone inquieto. Casi siento las gotas de sudor debajo de ese casco. Eso es malo. Lo más peligroso en esta ciudad es un militar nervioso.

—Es basura –me dan ganas de reír por lo absurdo de la situación, pero parece que la cosa va en serio.

—Señor, tengo órdenes de no dejar pasar a nadie más allá de esta cuadra sin revisarlo y sin que se identifique.

—¿No le da el olor?

—Nadie pasa sin ser revisado, señor. Por favor, coopere o...

Abro la bolsa y el militar hace una mueca de desagrado. El olor se vuelve más fuerte. Introduce una mano en la bolsa y busca algo, tal vez quiere encontrar un arma, una cabeza, drogas, una espantosa equis o cualquier motivo para dispararme... Saca la mano y el líquido le mancha el uniforme verde olivo. Era la salsa de unos tacos que comí hace más de una semana. ¡Qué idiotas son los

militares! El olor es repugnante. Hace una mueca más de fastidio y me dice: “Adelante”. Sonrío. Al fin puedo verlo a la cara. Es un muchacho. Parece mucho menor de veinte años, unos diecinueve o dieciocho tal vez. Eso, de algún modo, explica muchas cosas: si todos esos monos verdes son de su edad, ¿cómo no van a ser idiotas y estar nerviosos?

De reojo veo un cuerpo tendido en medio de los cordones amarillos, rodeado de policías y soldados que aguardan en silencio. Quizá esperan a que llegue el SEMEFO para levantar al pobre tipo. Me alejo del lugar. Aunque he dejado de sorprenderme por ese tipo de escenas, no dejan de molestarme. La bolsa ha dejado de chorrear. Me da gusto. Espero que toda la salsa haya quedado embarrada en la ropa del militarcito.

Avanzo.

—Buenos días —me saluda un carretonero que va derecho a la cuadra en donde resguardan el cadáver.

—Buenas —le respondo—, no vaya por allá. Pasó algo. Hay muertito y pusieron retén... A lo mejor lo paran.

El señor hace un gesto de agradecimiento. Golpea a su flaca recua y la hace dar vuelta. Pronto me rebasa y gira en la siguiente cuadra para evitar a los uniformados. Justo antes de desaparecer por la siguiente calle, una bestia levanta su cola y de su cuerpo se desprenden bostas verdes que siembran el asfalto y que estoy seguro molestarán a más de un peatón. Vuelvo a pensar en los militares.

Regreso a casa. Por fin me deshice de mis desperdicios. Tuve que rodear un tanto para evitar cruzarme por la calle en donde estaban los verdes y los azules. Muero de hambre. Al tiempo que comencé a despertarme temprano por mero gusto, también comencé

a sentirme muy mal si me malpaso con las horas de comida, en especial con el desayuno. Y el malestar no me abandona hasta que logro dormir. Así que mejor no buscarle y a saciar la tripa.

Abro el refrigerador y sólo hay un par de huevos, cuatro cervezas, un poco de queso, una rebanada de melón, un tupper con nimeanimosaberqué dentro, cebollas, chiles y unos tres o cuatro limones regados en el cajón de las verduras. Pasan de las ocho. En el estómago sólo tengo unas galletas que comí durante el viaje, y en los pulmones un par de cigarros que me mermaron un poco mi ansiedad después de ver a los militares. Mi alacena también está casi vacía: hay un paquete de tortillas de harina, sopas instantáneas y una lata de chícharos.

Decido prepararme una quesadilla y dejar en su lugar a la lata de chícharos ¿Qué hay más triste que una lata de chícharos abandonada? Después de desayunar iré de compras. Necesito resurtir mis alimentos. Rebano el queso, prendo la estufa, pongo el comal, arrojo una tortilla, espero a que se caliente, acomodo las lonjas de queso encima y espero a que se derrita. La cubro con la otra tortilla y le doy vuelta. Mis tripas se retuercen. Las escucho gruñir.

Pongo mi comida sobre la barra de la cocina. No hay tiempo para pensar en usar platos siquiera, mis tripas exigen ser saciadas. Le doy dos mordidas a la quesadilla y veo que justo en medio de la tortilla hay un hongo: una manchita verde que apenas se asoma, pero que está ahí, lista para ser devorada. Fue tanta mi prisa que no lo noté. Las tortillas están caducadas.

El hongo está listo para invadir mi estómago y colonizar mi cuerpo. Una vez enfermé de salmonelosis que casi se convierte en tifoidea: me costó una dieta a base de calabacitas y pollo sin pellejo de por vida, pero no fue así, mi cuerpo era joven y resisten-

te, así que me repuse pronto, con un montón de medicamentos y restricciones, pero “No pasó a más gracias a Dios”, dijo mi mamá.

Desde entonces, salmonelosis, salmonella, bacterias, enfermedad, me parecen palabras que deben ser de color verde.

Dejo la quesadilla en la barra y la contemplo por un rato. Ese pedazo de tortilla con el queso fundido en su interior me tiene como hipnotizado, pensando en todas las posibles enfermedades que puedo contener esa cosa tan pequeña que la corona, en el cadáver con el que me crucé hace un momento, en el verde, en los militares, en sus armas, en sus vehículos, en los De la O, en su vida lejos de esta ciudad... Otro gruñido de mis tripas me saca de ese estado y tomo la quesadilla. La devoro casi toda en un instante. Me trago la tortilla y el queso con todo y hongo y pensamientos...

El verde no puede ser sólo vida, también es plaga.

Los dueños de la plaza

Iban sobres un vato de negocios. Era muy cercano a la competencia- Se decía que con sus trocas movían buena parte de la merca. La tarea que encargó el patrón era la de secuestrarlo. Darle un levantón para mandar un mensaje: “Ustedes no son intocables, también nosotros tenemos huevos. Los vamos a chingar”.

La ciudad ya quedaba pequeña ante tanto malandro, por eso tenía que demostrarse quiénes eran los más chingones, y la única manera de lograrlo era a punta de violencia. La ciudad estaba bien trazada: cuadras largas y avenidas anchas daban la posibilidad de ir más rápido a los que tenían prisa. En esa época, la muerte también tenía prisa: no respetaba a nadie.

Andrés estaba ahí. Era lubricante en el engranaje de la maquinaria del terror diario. Comenzó como criminal de poca monta: era el encargado de dar el pitazo a los demás del grupo sobre los soldados o federales que se acercaban al punto, o sobre cualquier otro extraño que no fuera cliente o habitante de la colonia que entrara sin consentimiento del patrón. Cuando todo salía bien, y el pitazo dejaba a la pandilla guarecerse de los sorchos y de los feos, el patrón sabía cómo compensar a los halcones.

Luego comenzó a mover yerba. Compraba y vendía. Después coca; luego a procesar cristal; enseguida a secuestrar y a ajustar cuentas por última vez. Ya eran muchos jales de ese tipo y Andrés salía bien librado de todos, con un par de rasguños y nada más. Mucho que decir en las condiciones que se encontraba la plaza: disputada por buena parte de la maquinaria sangrienta: tres de los grandes cárteles querían el control de la ciudad.

A Andrés eso no le parecía normal. Sabía que era imposible salir

siempre bien de los trabajos. Conoció a muchos que quebraron en el primer jale o, peor aún, que cayeron en manos de los rivales. Eso significaba horas de torturas y una agonía lenta; en el escenario más cruel, se traducían en que el cuerpo propio fuera parte del mensaje hacia los contrarios. Conoció a algunos que cayeron con los federicos: esos cabrones eran más salvajes. Con ellos la tortura era peor que con cualquier otro grupo, en especial si se tomaba en cuenta que los feos a casi nadie quebraban, a menos que algún pesado lo ordenara. El mensaje que ellos mandaban era más contundente: si caías con los federeales era porque los contras ya tenían el poder. Andrés había visto pasar balas frente a su cara un par de ocasiones y se había pelado una vez de los sorchos, todos los demás trabajos salieron sin mayores contratiempos. Andrés creía que su racha de buena suerte ya era muy larga.

Lo que él y la pandilla ejecutaban eran jales garantizados. Los disparos eran certeros. Los muertitos quedaban bien ocultos si era necesario o, frecuentemente a la vista de todo el mundo. La pandilla se envalentonó, y cómo no hacerlo si pertenecía a la organización que estaba más cerca de apañar la plaza. El respaldo del dinero, las armas y la complicidad de ciertas autoridades les otorgaba una gran ventaja sobre los otros competidores. Era el incuestionable ascenso por el control del territorio.

Una vez escuchó a su mamá decir, cuando aparecieron los primeros colgados, que sólo se necesitaba de veinte cabrones bien locos y bien armados que salieran a la calle a hacer su desmadre para que la ciudad ya no perteneciera a sus habitantes. Y su madre tenía razón. El problema era que él conocía a más de cincuenta cabrones armados hasta los dedos tan sólo del grupo al que él pertenecía, los especialistas en levantones. Había otros que eran los encargados de la defensa, otros de los cobros, otros de los asaltos y

los tiroteos. Un grupo más se dedicaba exclusivamente a pozolear cuerpos. Eran una organización con recursos que no titubeaba.

El levantón era el siguiente paso, el lógico, pues el vato de negocios no entendió en el momento que fueron a balacear su tortillería, tampoco lo hizo cuando tablearon a tres de sus trabajadores y los retuvieron por una semana ni la vez que aparecieron dos cabezas afuera de su casa. Ni siquiera al rafaguear el cantón de su exmujer, donde vivía uno de sus hijos, y dejaron una manta colgada en la ventana. El cabrón era necio. Y el patrón era muy huevudo, por eso era el patrón, y ya estaba cansado de mandar mensajes y que no fueran obedecidos.

Pero la pandilla de Andrés no sabía lo anterior. No sabía que ya lo habían amedrentado. Para ellos era un encargo más. De quién se trataba: quién sabe. Por qué lo querían: no importaba. Nunca había importado. jalarse jalaba parejo. Las preguntas siempre eran mal vistas. La obediencia estaba por encima de lo demás, y era bien retribuida. El patrón sólo les dijo: “Tráiganlo”. Y todos entendieron que lo quería vivo, y que llevarlo a la casa de seguridad era lo siguiente. Planearon todo sin contratiempos: llegar, tirar vergazos, treparlo a una troca, darle una calentadita y llevarlo al cantón, presentárselo al patrón y esperar nuevas indicaciones. “Se van a ganar una buena feria. Este jale los va a sacar de jodidos”, les dijo el patrón. Y la pandilla se motivó.

Andrés encendió una alarma en su cabeza. Presintió que ese jale no acabaría bien. Su racha de buena suerte no sería suficiente para librarla. No le gustó nada, pero se quedó callado. El silencio también era bien valorado, y mejor pagado. Él y buena parte de la pandilla se conocían desde morrillos. Algunos eran sus parientes. Ellos y su mamá eran el único vínculo afectivo. Todos se conocían desde antes de empezar a jalar con el cártel, desde antes de

los madrazos, pero donde se forjó la confianza, la hermandad, fue durante los incontables encargos en los que la complicidad y la violencia se impusieron. Se querían. Esa confianza, más que las pagas por los encargos, era lo que Andrés valoraba de la pandilla.

A punto de treparse a las trocas, Andrés confesó: “Carnales, me rajo en esta, no se arma”. “No seas culo”, respondió un coro. “No, no se arma”, contestó seguro. “¿Qué pasa?”, le preguntaron. “Quiero ver a mi jefa, y este cotorreo no me late. Algo me dice que en este no. No jalo”. “No hay pedo, contestaron, nomás que de ese varo no te va a tocar ni madres. Nos vemos mañana, culito”. Y arrancaron. Antes de que el par de camionetas dieran vuelta, vio una mano asomada por la ventanilla que empuñaba un arma que le hacía una seña de despedida. Él alzó la mano y contestó el gesto con una sonrisa forzada.

Llegó de noche a casa de su mamá. Ella lo recibió con gusto. La llevó a cenar tacos y después a comprar una nieve. Disfrutó verla. Disfrutó no haber ido a ese jale. Disfrutó el regaño y las recomendaciones que su mamá le hizo. Regresaron a la casa y ella le pidió que se cuidara, que se dejara de chingaderas y se alejara de esas amistades y de esos parientes. Ella le dio la bendición. Él se inclinó y la besó en la cabeza.

Se fue más tranquilo. En el barrio todo estaba en silencio. Curioso para ser fin de semana. Entró a la cama sin cambiarse de ropa, aun con las botas calzadas. De inmediato se quedó dormido. Soñó. Desde hacía tiempo que no lo hacía. Se soñó de niño, cuando él y sus amigos bailaban el trompo y jugaban a tocar las puertas y los timbres de los vecinos y corrían hechos madre para que no los alcanzaran. Sonreía.

Al día siguiente despertó sin muchas ganas. Se levantó de la

cama, fue al baño, orinó, se lavó la cara y se preparó unos huevos revueltos con jamón y cátsup. Encendió la tele y ahí los vio: cabizbajos, golpeados, esposados, frente a la cámara y a sus espaldas los feos. El que manejaba, “se les acusa de tener nexos con el narcotráfico”; el que tableaba, “el empresario fue liberado gracias a la rápida intervención de la Policía Federal”; el que hacía las llamadas, “se presume que esta célula del cártel es la culpable de varios homicidios y secuestros”; los gatilleros, “serán trasladados para su procesamiento legal al penal de máxima seguridad de...”; el que mandaba, “un presunto delincuente murió en el enfrentamiento...” Todos ellos estaban ahí. Sintió cómo el estómago se le encogía. Dejó de escuchar a la periodista y apagó la tele. Se le estrujó la panza. Vomitó los tacos y parte del desayuno.

Ese mismo día, por la tarde, desapareció el patrón. Una semana después lo encontraron en diferentes partes de la ciudad.

Para Andrés estaba todo claro: la plaza ya tenía dueño.

Todas son de todos

Fui a comprar una caguama al Oxxo que está por la casa. Me sentía muy jodido por la chamba. Asolearse y estar de pie todo el día es una mala combinación, pero hacerlo durante seis días a la semana es una chinga. Ser guardia de seguridad es más aburrido de lo que parece, además, ni siquiera nos dan una pistola, creen que con una macana vamos a hacerle frente a un ratero. La verdad es que sólo estamos ahí como adorno, para que la gente se sienta segura, porque ni de pedo vamos a arriesgar la vida por la pinche Soriana... Lo único que quería en la vida era tomar una cervecita. En el estacionamiento del Oxxo estaba parqueada una camioneta enorme, de esas que parecen tanques de guerra. Dentro de ella alcancé a ver a una güerita en el lugar del copiloto, de esas que nomás con verles la cara uno se pone de buenas.

Entré y fui derecho al refrigerador. Parecía que nadie hacía compras. Algo raro para ser sábado por la noche, pero eso estaba muy bien porque las filas, en cualquiera de sus presentaciones, pero en especial las de los Oxxos, cuando sólo están los cabrones que quieren poner saldo, hacer depósitos o retirar dinero, son como una patada en los huevos.

No había gente, tampoco caguamones Indio. Me madrugaron los demás borrachales. Fui a la caja a preguntar si tenían más. El cajero, todo nervioso, me dijo que tenían calientes, que lo único que estaba frío eran los botes. Así no se puede. Ni pedo. Resignado, regresé al refri por un asqueroso ocho de Tecate, que era lo que estaba más barato después de la promo de caguamones. Si pistear botes es para gente rica y pistear algo caliente es para borrachototes, y no soy ninguno de los dos. No pistear es para perdedores. Y no, señor, podré tener un

trabajo de mierda, pero no me voy a quedar sin tomar.

A veces creo que si por algo existe tanto borracho es por culpa de las promociones. Qué tentador es eso de dos caguamones por 48 pesos, ¿quién, en su sano juicio, se le puede resistir? De veras que los Oxxos han sabido cuidar la economía del alcohólico... o algo así. O al menos han sabido mantener el vicio saciado y en circulación.

Se siente feo no encontrar la marca de cervecita que uno busca y aguantar el consuelo que ofrece una distinta. Dice un vato del jale que ese sentimiento es como cuando te acuestas, te duermes, sueñas, te enamoras y te despiertas. Una decepción. Yo digo que no es cierto.

Cambiar de marca de cerveza tiene sus consecuencias: se miden en crudas o diarreas. Yo digo que una diarrea es más gacha que una decepción; las decepciones lo único que hacen es ponernos al tiro, nos curten. La diarrea sólo es cruel y burlona.

Al pagar mis consuelos me di cuenta de que el cajero seguía muy nervioso. Cobró las cheves y me entregó mal el cambio. No dije nada porque me dio de más, a ver si se le quitaba lo pendejo. Estaba por salir del Oxxo cuando un cabrón como de uno noventa, medio mamado pero panzón, borrachísimo, con un pantalón entubado que lo hacía caminar como si estuviera cagado, malabareaba con una bolsa de hielos, unas papas, dos jochos y una Topo Chico. Le pidió unos cigarros al cajero y me dijo: “Eit, pérate, ayúdame a abrir la puerta. No puedo con todo lo que traigo encima, no seas cabrón”.

El vato estuvo detrás de mí casi todo el tiempo. No lo había visto. Estaba concentrado en cómo hacer para que la posible diarrea que me iba a dar no fuera tan burlona. “No seas pendejo. Te pedí unos Marlboro cien blancos, no de los rojos”, le dijo al muchacho de la caja. Se los cambió.

“Hazme el paro para abrir la puerta, no seas cabrón”, me volvió a decir. Se me cruzó por la cabeza decirle: “Ah, sí, ¿qué más quieres, puto, que te prenda un cigarrito y me lo fume?”, pero como el cabrón estaba grandote, borracho y sus cigarros eran de los Marlboro blancos y nada me costaba ayudarlo, le sonreí y esperé a que terminara de pagar.

Abrí la puerta para que pasara. Salió muy contento. Caminaba despacio. El cajero me volteó a ver: “Gracias, neta, gracias”, y agachaba la cabeza. No supe si agradecía la compra que hice o que le ayudara a salir al monigote. Justo en ese momento, al cerrar la puerta, volteé para seguir con mi camino. Me di cuenta de que el vato llevaba una metralleta clavada en el pantalón.

Yo no sé mucho de armas, pero tampoco estoy tan baboso como para no darme cuenta de que el tipo de metralleta que llevaba ese cabrón no era de las que utilizaban los policías, era como las de los militares, de esas que ni de pedo se las soltarían a un guardia de seguridad soriano.

Por eso el cajero estaba nervioso. Lo espantó y también me espantó a mí. Yo creo que se le figuraba que lo iba a quebrar ahí merito, porque eso mismo se me figuraba a mí. Como si la vida fuera un maratón y estuviéramos a punto de llegar a la meta... o de ser descalificados, más bien.

“Ábreme, pendeja”, gritó desde la entrada. Le hablaba a la morrita de la camioneta. La güera se estiró. Abrió la puerta y regresó a su lugar. Se veía fastidiada.. El borracho aventó la bolsa de hielos a la troca, le pasó las papas, los jochos y la Topo Chico a la morra; sacó un cigarro y me ofreció otro. Yo no podía apartar la vista del cuetote. En otras circunstancias no hubiera podido apartar la vista de la morra, pero, como estaban las cosas, ni de pedo la volteaba a

ver, no fuera a ser que aquel, indignado porque alguien más miraba a su vieja, ahora sí ahí merito me chingara.

No supe qué era más conveniente, si agarrar o no el Marlboro blanco, pero era claro que no iba a desairarlo, aunque me ofreciera mierda seca para fumar. Estiré la mano y agarré el cigarro. “Gracias, compa, me alivianaste machín”, me sonrió, medio burlón, medio cruel. Se sacó la metralleta y me apuntó con ella, o eso creí. La sacó muy despacio, como si quisiera que todo el mundo se diera cuenta que la llevaba tranquilamente por la vida, como si fuera lo más cotidiano, también la guardó en la camioneta. “De nada, para servirte”. No sé por qué le dije esa babosada de “para servirte”, pero es que en esos casos, ¿qué se hace? Nomás se echó a reír.

Ya estaba a unos metros de la camioneta, todo espantado y con ganas de correr, y el vato me grita: “Eit, pérate”. Lo primero que pensé fue que ni siquiera los tecatitos me iba a poder tomar porque ahí se me acababa el corrido, “Ven, ven”. El vato buscaba algo en la troca.

Estuve parado como unos 10 segundos, pero juro por Dios que ese momento se me hizo como si hubiera vuelto a estar parado y asoleándome de nuevo todo un día, toda la semana, todo el mes en la puta Soriana. El cabrón terminó de revolver sus cosas. Se dio media vuelta y estiró el brazo. “Ten, pa’ que te la chingues”, y me ofreció una botella de Jack Daniel’s con poco más que un gallito. En otro momento, insisto, en los distintos momentos y circunstancias, me hubiera indignado. “¿Yo para qué quiero tus pinches sobras?”, le hubiera dicho y le hubiera aventado la botella para descalabrarlo, o de perdido escamarlo, pero ahora agarré la botella.

El vato se trepó a su tanque de guerra. Prendió el estéreo. Se echó en chinga en reversa y, antes de irse, me volvió a decir a gritos: “Gracias, cabrón, eres a toda madre...”

Llegué a la casa y no supe ni qué pensar. Ahora mismo tampoco sé qué pensar. ¿Será acaso que existe una especie de hermandad entre nosotros, los borrachos? Por cierto, ese día regresé más tarde al Oxxo a devolver el cambio. Nos miramos y nos quedamos un rato en silencio. Le expliqué cómo había estado el asunto, que me dio cambio de más, y él me dijo que no había pedo, que lo conservara, que el monigote de la metralleta le pagó con un billete de quinientos y que no le pidió el cambio. “Esto es lo que llaman ganar-ganar”, pensé.

El vato del jale también decía que casi todas las drogas son para compartir, los cigarritos, el alcohol, la mota, los hongos, casi todas, que sólo la coca y las mujeres son las únicas que no se comparten, nunca, porque son envidiosas. Nomás quieren estar con uno, no rolarse con todos. Tampoco creo eso: todas las drogas y todas las mujeres no son de nadie y son de todos. También quiero pensar que solamente tengo suerte, porque qué tal si no le hubiera ayudado a ese cabrón a abrir la puerta, ¿nos hubiera quebrado al cajero y a mí nomás por no haberle hecho el paro? Seguramente sí.

Hoy estoy bien erizo. Me corrieron del jale hace dos semanas porque llegué con aliento alcohólico. No me he puesto a buscar más chambas. No traigo ni para una promo de caguamas, ni frías ni calientes. Estoy afuera del Oxxo a ver qué pasa. No estaría mal toparme con aquel borracho de nuevo. O de perdido ver si me topo a una güerita que me haga ponerme de buenas.

Cruzar la calle

No, no mames. Ayer iba por mi toquecito, ya sabes, el de la tarde es el que más me pega. Caminaba en la pendeja y me puse a revisar el celular, a borrar contactos, ¿te acuerdas de Pelón? Sí, ese mero. Se lo cargaron bien gacho. Pobrecita de su jefa. No pudo reconocer el cuerpo de lo madreado que lo dejaron. Le hundieron toda la cara, le dejaron la cabeza como balón ponchado... Si no fuera por la identificación que encontraron en la cartera, ni se hubieran enterado quién chingados era. Se hubiera ido derechito a la fosa común... Pero el pendejo de Pelón tuvo la culpa. Ya le habíamos dicho que no fuera al punto en esos días. El cuadro estaba caliente. Pero la piedra doblega todas las voluntades, y Pelón no es que fuera muy voluntarioso. Yo por eso voy por mi toquín como a las dos de la tarde, cuando el sol está bien perrote y todos andan envergados, huyéndole al calor.

La cosa es que en el celular todavía tenía registrado su número. Lo vi como contacto y me agüité machín. Pero eso no es lo que te quiero contar, pérate, lo que pasó es que mientras borraba los números que tengo de los pendejos que ya se nos adelantaron, o de las morritas que ya no se rolan, de repente, al cruzar la calle, una pinche camionetota por poco me deja embarrado en el pavimento. Cabrón, si no es porque brinqué a la banqueta, si no me hubiera hecho mierda. En ese rato ni me asusté, más bien me encabroné. Ya sabes cómo soy de educado, así que lo primero que hice fue gritar: “¡Fíjate, hijo de tu chingada madre!” No, güey, no sabes cómo me arrepiento... A ese que iba detrás del volante se le hizo refácil pasarse el pinche semáforo en rojo, nomás porque estaba toda la calle sola. El vato escuchó que se la rayé. Frenó casi de volada y

se echó en reversa. Hasta pensé que me iba a pedir una disculpa...

Cuando ya lo tenía cerca, le dije:

—¡Ya ni chingas, pinche bestia!, ¿tás ciego o qué? —así, con huevos, para que viera que no soy cualquier hijo de vecino atropellable.

Pues no me vas a creer que bajó el vidrio de la troca y lo vi. El vato era feo como su puta madre, pero feo, estaba bien monote, la panzota apenas lo dejaba maniobrar el volante. Si hubiera estado dentro de un bochito de seguro lo llenaba él solo con su pura humanidad.

—¿Qué dijiste? —me bufó.

Le volví a decir que se fijara, pero ya no le dije ciego, menos pinche bestia. Me dio mala pinta. Sí, andaba culiando. Me fijé bien y el cabrón llevaba mal disimulado un chaleco antibalas bajo la chamarra, bien empecherado el compa. Me asusté.

—No, no, ¿qué dijiste antes, pendejo? —insistió el monigote.

Yo sólo me agaché poquito y quise irme, pero las piernas me fallaron.

En el otro asiento iba un pinche chaparrillo, igual de culero que el grandote, pero ese me dio más miedo. Se fumaba un porro forjado con toda la página de La Biblia. El enanillo me dijo:

—Fíjate tú por dónde caminas, idiota, te pudimos partir la madre y chingarnos la defensa de la troca. ¿Sabes cuánto cuesta, culero?

El muy desgraciado se empezó a burlar. No, no mames, no sabes qué gacho se siente. Se burlaba mal pedo.

Entonces el grandote le hizo un dos:

—Sí, pudimos habernos chingado la defensa.

El enanillo se sacó un fierro de no sé dónde y me lo puso casi en la jeta.

—¿Cuánto crees que vale la troca, pendeja? —me dijo y cortó cartucho.

Vieras qué cabrón era ese méndigo enano puto. Empecé a hacerme tantito para atrás. El chaparrillo seguía con su burla mientras apuntaba a mi cara. Ya me temblaban los piecitos, traía el corazón agitado y los huevos los sentía en la garganta.

El grandote sonrió y dijo:

—Pídeme disculpas y dame las gracias, cabrón —y soltó una carcajada también.

—Perdón, señor. Gracias —le dije con la garganta toda hecha bola y con un hilillo de voz bien macuarro.

Se me quisieron salir las lágrimas.

—¿Qué dijiste?, ¿tú lo escuchaste?, porque yo no oí ni madres —le dijo al chaparro mientras lo volteaba a ver.

El enano seguía apuntándome. Se me acercó más, casi trepándosele al grandote. Pensé que me iba a echar el humazo del porro en la jeta, así, como en las películas, pero el muy culero se me acercó más y más, y me dice:

—A mí también pídeme disculpas y dame las gracias, mi amor.

Nada más apreté los puños.

—Perdón, señor. No lo vuelvo a hacer.

Se acercó todavía más. Ya lo tenía frente a frente:

—Está bien, está bien. Tranquila, bonita, te disculpo.

Pensé que ahí me iba a echar la bocanada en la jeta y de repente... ¡Muac!, me da un pinche beso tronadote en la frente el pinche enano mayatón.

Pinches putos. Soltaron una carcajadota... Tú no te rías, pendejo, no le encuentro la gracia... De seguro tú te hubieras cagado si te pasaba eso, o a lo mejor le pedía el becerro en la boca... Al darme el beso se me olvidó lo asustado y me emputé de nuevo, de verdad, ¿pero qué chingados se puede hacer? Entonces, el enanillo me dice:

—Ya, lárgate, preciosa, y ten cuidado al cruzar la calle, fijate a los dos lados, puedes causar un accidente.

El grandote me hizo un gesto con la mano para que me fuera. Y se echaron a reír todavía más fuerte... Pinches vatos, nada más por traer un fierro ya cualquiera se cree malandro. De seguro nomás eran unos gatos.

Pero sabes qué, cuál es el pedo, desde ayer no dejo de pensar en Pelón. Me acuerdo que el día que lo cargaron era domingo, estábamos despachándonos un menudito, bien crudotes los dos y el güey dijo:

—Voy por el uno dos, Crick-crock. Nos vemos para seguirle al rato.

—Simón, Pelochas —le respondí sin muchas ganas.

Y ya nunca regresó. Pelón iba vestido con la misma ropa del viernes. Habíamos agarrado dura la fiesta, y con esa misma ropa fue con la que lo encontraron el jueves de la semana siguiente en el lote baldío. Ahí duró días, hasta los perros se comieron partes de mi compa. Los vecinos reportaron el mal olor y así fue como lo encontraron.

No dejo de pensar en que se pudo haber topado a unos cabrones así, como los que yo me topé, que a lo mejor lo agarraron nomás porque se cruzó la calle en el momento equivocado. ¿Te imaginas salir a la calle y ya no regresar nunca?

Ayer que me topé a ese par de culeros no traía identificación, nada que me pudiera identificar. Si esos cabrones me hubieran quebrado, nadie sabría qué pasó conmigo, y si me hubieran levantado, menos... Ni por los tatuajes que me cargo me hubieran reconocido, me cae de amadres.

¿Te imaginas si me hubiera muerto? Casi me veo en el periódico

con un encabezado así: “Ajuste de cuentas deja un muerto...” O si me encontraban en el lote baldío, quién sabe qué tantas cosas y chingaderas hablarían sobre mí: “De seguro andaba bien mal, con eso de que le gustaba loquear”. Le dirían eso a mis jefecitos, así como le dijeron a la jefa de Pelón: “Su hijo andaba mal, por eso le pasó eso”. Y no es verdad, el Pelochas nomás era crico, todo alivianado y buen pedo. Si yo me hubiera muerto ayer, hubiera dejado muchas cosas pendientes. Y ya no sé, pero acá, sin mal pedo, de ahora en adelante siempre voy a salir a la calle con mi cartera, al menos si me encuentran baleado o atropellado o hecho mierda en la banqueta, sabrán quién chingados fui y no me tirarán a la fosa común.

Los arcanos

“No sé por qué le hago caso a mi mamá, yo ni creo en estas cosas, puras tonterías”. Lupita entrará a un cuartucho a media luz. Velas, series navideñas, inciensos, un cráneo con la boca entre abierta como en un grito y muchas imágenes de santos que ella no conoce aderezarán el lugar: un toque de mal gusto más que de misterio. En un muro, un espacio especial para colgar milagritos que otros clientes han llevado como agradecimiento por los buenos trabajos que hace madame Sarah, llamará la atención de Lupe. Se sentirá impaciente. Le sudarán las manos y le costará un poco reprimir las ganas de orinar.

Un tipo de unos cincuenta años aparecerá en el cuarto, sorprendiéndola:

—No tarda en venir madame Sarah —dirá.

—Está bien, aquí la espero.

—¿Es la primera vez que vienes?

—Sí.

—Yo soy Juan, asistente de la señora madame Sarah. No tienes por qué asustarte. Verás que ella solucionará todos tus problemas.

—Gracias...

—¿Qué tipo de sesión tendrán?, ¿amarre?, ¿limpia?

—Me va a echar las cartas, nada más.

—Entonces serán mil doscientos pesos, por favor.

—¿Cómo dice?

—Mil doscientos pesos. Es lo que cuesta saber un poco sobre el futuro. Un precio demasiado bajo si tomas en cuenta todas las posibilidades. Podrás pagar completo ahora mismo o dar un adelanto y liquidar el resto una vez que conozcas tu porvenir.

—Le daré seiscientos ahora; los otros después.

—Muchas gracias, niña.

Lupita sentirá náuseas. El olor a incienso y la oscuridad siempre la han mareado.

“A ver cuánto se tarda en venir esta señora. No sé por qué no arregla este cuartucho, hasta tiene humedad en la pared. Tanto dinero que cobra... De seguro se lo ha de gastar en puras idioteces”.

Madame Sarah, vieja robusta, alta, con una gran nariz, entrará al cuarto. Parecerá cansada. Saludará amablemente a Lupita. Su voz nasal la taladrará.

—Tienes problemas, mujer, por eso estás aquí.

“No se necesita ser un genio para saber por qué estoy aquí, madame”.

Lupita regresará el saludo y añadirá:

—Sí, algo así, más bien...

—Son preocupaciones, pero confía en mí. Yo puedo ayudarte a solucionar cualquier cosa siempre y cuando pongas de tu parte. Dime, ¿cuál es tu nombre?

—Lupe...

—Lupita, Guadalupe, es un nombre muy hermoso, como el de nuestra gran señora, madre celestial.

—Gracias.

“Nunca me ha gustado ese nombre”.

Madame Sarah prende un incienso más fuerte que los demás. Huele a flores. Se acerca a la muchacha y se sienta frente a ella.

—Entonces, ¿lectura normal, Lupita?

—Eeh, sí, sí, normal, madame...

“¿Cómo que lectura normal?, ¿a poco esta vieja tiene unas más eficientes que otras?”

Madame Sarah saca de una bolsa un mazo de barajas muy maltratado. Al parecer, el desgaste de las cartas es el resultado de todas las vidas que ha enmendado con las lecturas. Comienza a barajarlas tranquila, pero ágil, como un tahúr, y con voz serena, dice:

—Tienes muchas preocupaciones, hija.

“¿De veras?, ¿tan jodida me veo?”

Ve a los ojos a Lupita y ambas sostienen la mirada. Madame continúa:

—Concéntrate en lo que te preocupa. Mírame. Mira las cartas, Lupita. Piensa en lo que quieres saber. Siente tu destino para que la incertidumbre abandone tu tiempo y tu vida. Concéntrate en las cartas y deposita en ellas tu fe. Si sientes que las he mezclado suficiente, dímelo.

Lupita asiente. Está sorprendida. La mujer es hábil a pesar de la edad que aparenta. Sabe exactamente lo que hace.

—Ya. Es suficiente.

“Con razón mi mamá le cree a esta brujita, está muy cabrona”.

La anciana deja de barajar las cartas y coloca el mazo sobre la mesa.

—Pon tu mano derecha sobre tu corazón, tu mano izquierda sobre el mazo y repite conmigo: por mi presente, por mi pasado, por mi porvenir.

—Por mi presente, por mi pasado, por mi porvenir.

—Ahora, con tu mano derecha divide el mazo en tres partes y repite de nuevo: por mi presente, por mi pasado, por mi porvenir.

“¿Una vez más?, ¿con una no basta?”

—Por mi presente, por mi pasado, por mi porvenir.

“Esto es ridículo”.

Aunque Lupita nunca ha creído en la adivinación, la mujer le causa curiosidad. Siente que tal vez, sólo tal vez, estaría bien poner en manos de alguien más el propio destino y dejarse llevar. Quizá las cosas serían menos complicadas.

—Bien, Lupita, ahora pon atención: las cartas de la izquierda representan tu pasado, las del centro tu presente y las de la derecha tu porvenir. Toma una carta del pasado. Ahí es en donde cometimos los errores que nos agobian en el ahora y que podemos solucionar en el futuro. Sólo podemos solucionarlos con mucha fe, hija, con mucho esfuerzo, porque sólo en la fe y el esfuerzo se encuentra la respuesta.

“Debo admitir que esta señora tiene personalidad”.

Lupita toma la carta y la pone boca arriba. Ve el rostro de madame Sarah y nota un pequeño sobresalto.

—La Rueda de la Fortuna —dice en voz baja madame Sarah.

—¿Eso qué significa? —murmura Lupita con algo de interés. El dibujo de la carta le parece extraño, interesante. Imposible no dedicarle una larga mirada.

—La Rueda de la Fortuna representa el vaivén de la vida. Es inusual que aparezca en el pasado, y más que aparezca invertida.

—¿Eso es malo? —pregunta la muchacha ahora sí con verdadero interés.

—No, hija, nada de lo que digan las cartas es malo. Sólo es. Lo que La Rueda de la Fortuna me indica es que tu vida no ha sido estable. ¿Has tenido alguna pérdida irreparable reciente?, ¿algún cambio brusco en tu vida?

“Todos hemos tenido algún cambio brusco en la vida”.

—No. No estoy segura. No lo sé... Aunque... pensándolo bien, se podría decir que sí.

—¿Me podrías decir cuál? Tal vez ahí radique la solución para tus preocupaciones.

—Estuve comprometida hace unos años, pero conocí a Roberto, mi pareja actual, y rompí el compromiso.

—¿Por qué dejaste a tu prometido?

—Me engañaba. Y Roberto era muy lindo. Siempre me procuraba. Sentía que su interés era genuino.

“¿Por qué le cuento todo esto?”

—Ya veo... Por favor, toma otra carta.

Toma una carta del presente y la pone boca arriba, a un lado de La Rueda de la Fortuna.

—El Enamorado invertido —dice madame Sarah—. Este arcano es de los más ambivalentes que hay: verás, si sale derecho significa una decisión radical para bien; si sale invertido significa que quizá haya problemas. Pero, como te digo, hija, con fe y esfuerzo todo siempre sale adelante... El Enamorado representa al amor como tal. Y como ves, te salió invertido, lo que significa que aún tienes problemas en el amor.

—Creo que Roberto me engaña...

—¿Por qué crees eso?

—Por su comportamiento. Ha estado raro últimamente, como si no fuera él. Llega tarde a casa, se va más temprano, no ha querido hacerme el amor todos los días, como antes, dice que siempre está cansado... De verdad, creo que ya se consiguió a otra... Infeliz. Es como si no valorara todo lo que he hecho por él, por nosotros...

—¿Has hablado de eso con él? —pregunta madame Sarah en tono amable.

—Lo he intentado, pero no he podido. Me fui con él y lo dejé todo, hasta mi trabajo. Rompí mi compromiso. Me cambié de ciudad. Me peleé con mis papás. Le dejé de hablar a varias amigas.

“Estoy hablando de más. Esta mujer no puede ser también psicóloga”.

—Hija, tranquilízate, todo tiene solución en esta vida, menos la muerte. Por favor, toma la última carta y colócala al lado de las otras dos. Veamos qué nos dicen los arcanos.

“Nomás da rodeos y me saca información. Si sigue así, entonces me va a confirmar que no es más que un fraude”.

Lupita siente un gran desencanto cuando madame Sarah no la deja desahogarse, pero sigue con el juego del tarot y sus arcanos hasta terminar. Toma la carta y la coloca junto a las otras dos.

—El Sol. Es uno de los arcanos mayores, uno de los que sólo traen buenas noticias —dice madame Sarah—. El Sol en el porvenir sólo quiere decir que las cosas mejorarán. Despreocúpate: Roberto no te engaña. Todo se trata de un malentendido. Él no tiene a otra. Sólo tiene fuerzas para ti. Es una mala racha en el trabajo. Los arcanos lo han dicho, la combinación de estas tres cartas es muy poderosa...

—¿Cómo me puede decir que Roberto no me engaña? ¡Yo estoy segura de que lo hace!, si no me engañara, no sentiría todos sus desaires, haríamos el amor todos los días. No vengo hasta acá nomás para que me diga que me despreocupe y que me vea la cara de pendeja usted también. ¡Esas cartas estúpidas son pura basura!

—Hija, tranquilízate, por favor —dice madame Sarah. No se inmuta por el arranque de Lupita—. Tú mejor que nadie sabe que Roberto es un hombre responsable y trabajador. Es noble. Te corresponde. Los arcanos siempre dicen la verdad, si no tienes fe en

ellos, entonces yo no puedo hacer nada por ti...

—¿Cómo van a hacer algo por mí estas chingaderas? Usted nomás es una engañadora, una mentirosa que lucra con la fe de los demás. ¡Maldita estafadora!

Madame Sarah sigue calmada. Le muestra toda la dentadura a la muchacha.

—Ni hablar. No puedo hacer algo por ti. Los arcanos ya hablaron. En ti está creer o no, pero de algo debes estar segura: yo no soy ninguna estafadora. Los arcanos no mienten. Que tengas suerte, hija.

Madame guarda tranquilamente las cartas en la misma bolsa de donde las sacó. Se levanta como si nada hubiera pasado, llama a Juan y le pide que acompañe a Lupita a la puerta y, para sorpresa de la muchacha, le dice que le devuelva el dinero.

Lupe sale de la casa de madame Sarah. Ve a una docena de personas sentadas en la calle, a la espera de su turno para ser atendidas por la anciana.

“Maldita vieja. La gente tiene la culpa por ser tan ignorante, por eso hay tantos charlatanes, porque hay tantos pendejos”.

Lupita se fue a su casa. Roberto tardó más de lo común en llegar. “De seguro está con aquella zorra y yo aquí angustiándome”. Marcó al celular. Roberto no contestó. “Han de estar en un pinche motel mugroso”. Se comunicó con su cuñado, al taller. Preguntó por Roberto y, tras dudar un poco, el hermano dijo que no sabía nada de él, que no lo veía desde la mañana. “Y el muy cabrón me dijo que pasaría todo el día con su hermano”. No recordaba que

los miércoles por la tarde no iba al taller. Insistió con las llamadas, pero Roberto no contestó. “Se revuelca con una idiota. Se está revolcando con una puta. Es un desgraciado”. Iba de la sala a la cocina y de la cocina al cuarto. Caminaba a grandes pasos. Por fin entró a la recámara y tomó toda la ropa de Roberto y la aventó contra la pared. “Pinche vieja mentirosa. No sé cómo pude caer en ese lugar. El pinche de Roberto sí tiene a otra”. Tomó unas tijeras del buró y agarró la chamarra de pluma de ganso que le había regalado a Roberto en su aniversario. La desplumó. “Maldito, nunca la usaste”. Al terminar con la chamarra, se arrojó sobre la cama y enterró las tijeras en el colchón, en las almohadas. “Cabrón infiel, te odio, te odio”. El llanto casi la ahogaba.

Sintió las tripas revueltas y un nudo en la garganta. Tenía ganas de gritar, de llorar con toda la fuerza de sus pulmones. “Es un estúpido, ¿cómo puede hacerme esto?” Se sentó sobre la cama desecha. Había jirones del colchón, de las almohadas y de la chamarra por todas partes. “Madame Sarah es una maldita timadora y yo soy una pendeja, ¿cómo pude creer en Roberto?” Aún con las tijeras en la mano, fue a la cocina, allá estaban los cigarrillos, el tabaco le vendría bien, siempre le sirvió para controlarse. “Maldito”. Escuchó el motor de un coche que se detenía. “Por fin llegaste, imbécil”, lanzó el cigarro al piso. Comenzó a llorar de nuevo. “Yo te amo, te amo, ¿no lo ves?” Escuchó las llaves en el cerrojo de la cochera. “Pero ya no me vas a ver la cara de pendeja”. Se plantó frente a la puerta. “Malnacido, puto, mentiroso”. Se abrió lentamente la puerta de la entrada. “Madame Sarah es una idiota”. Roberto entró a la casa. Ella empuñó las tijeras. “Estúpidas barajas, estúpida, soy una estúpida”. Lupita se arrojó sobre él.

Visiones y absurdos

Adiós, Oralia

*Fueron las ruinas que dejé detrás
por eso hoy no le temo al fuego
pero sí a las cenizas.*

Javier Ibarra

1

“Me gustaría estar con él”, piensa Oralia. Las últimas semanas se ha sentido sola. Miserable. Edelio murió hace tres meses. Ella era capaz de afirmar que durante veintisiete años, el tiempo que estuvieron juntos, él fue su mundo. Ahora siente que no puede más. Cuando tenía diez años, su papá, Emilio, se fue con otra mujer y su mamá, Adela, se ahorcó a causa del abandono.

Oralia se crió con Oralia, su abuela. Los años de infancia con Adela nos interesan poco en esta historia y, pensándolo bien, toda su juventud se puede resumir, a grandes rasgos, como una sucesión de eventos no tan afortunados hasta que conoció a Edelio. Él era la razón para estar viva. Hay que hacer hincapié en esto, porque es lo que le gustaba pensar: que su esposo, de alguna extraña manera, la salvó de la deriva.

Oralia alentaba a Oralia para que conociera muchachos. Le enseñó a cocinar, a lavar, a cuidar una casa... Todo para que fuera una buena esposa. La abuela insistía con el tema para hacer que su nieta (que en ese entonces prometía ser más guapa de lo que llegó a ser) saliera con hombres. Quería que otro se hiciera cargo de la muchacha. En el fondo, y aunque no lo admitiera, lo ideal era deshacerse de ella. Oralia ya había criado a Adela, su única hija, responsabilidades extras significaban más preocupaciones, pero, sin

duda, se preocuparía más si la niña hubiera quedado desprotegida.

Oralia resistía las sugerencias de la abuela. Al venir su primera regla, a los trece años, Oralia comenzó a presionarla. “No me gustan los hombres”, decía Oralia. “No debes tenerles miedo. Ya eres una mujer. Debes encontrar a uno, dejarte querer y quererlo. Si dejas pasar más tiempo, te vas a volver fea para todos. Aprovecha ahora que tienes la piel firme y la vida por delante”.

2

La abuela obligaba sutilmente a su nieta a salir con vestidos cortos. Creía que si mostraba las piernas todo mundo la desearía. Estaba en lo cierto. Varios pretendieron, acosaron y amenazaron a Oralia para tener su atención. Ella siempre resistió todo tipo de insinuaciones de la manera más simple que se le ocurría: ignorándolos. Lo que funcionó la mayoría de las veces.

En una ocasión fue tanto el miedo que le provocó la terquedad de un sujeto al seguirla que, cuando se acercó demasiado a ella, Oralia creyó que la iba a violar. Sin tiempo para pensarlo, tomó una piedra del camino, la arrojó con todas sus fuerzas y se echó a correr sin voltear a ver atrás. El hombre corrió tras ella unos metros. El dolor en el rostro era intenso. Perdió un ojo. Poco tiempo después el hombre intentó reclamarle a la abuela. Le dijo que él se lo había buscado y que si no dejaba de molestarlas, ella misma lo dejaría ciego.

A diferencia de lo que se puede creer, el sujeto no hizo nada más. El incidente se supo y la burla que recibió de todo mundo pudo más en él que sus ganas de tomar represalias. El tuerto de Oralia terminó por irse. Nunca más se supo nada de él. La fama de lanza piedras de la niña hizo que muchos dejaran de gritarle, de

seguirla, de chiflarle. Se limitaban a desvestirla con la mirada, situación desagradable de cualquier manera. La deseaban aún más. Pocos se atrevían siquiera a saludarla.

3

En el momento que Oralia vio a Edelio decidió estar para siempre con él. Complacer todos sus caprichos. Alimentarlo. Dormir a su lado. Se encontraron por primera vez cuando ella llevaba puesto un vestido color café, que era del mismo tono de su piel. La imagen de una mujer que, a lo lejos, parecía ir desnuda era cautivadora para todos los ojos, sin duda, pero en medio de ese grupo de obreros Edelio no la volteó a ver. Era el único diferente. Eso fue lo que llamó poderosamente su atención. Después, ella fue quien lo buscó.

Casi por cumplir los quince años, ya vivía casada con Edelio, quien comenzaba a trabajar en la estación de trenes. No hubo festejo por la boda, como prácticamente no hubo noviazgo, sólo una ceremonia exprés en donde juraron estar juntos y ser fieles hasta la muerte. La abuela murió al mes de que Oralia se mudó con Edelio. La nieta no asistió el día del entierro, tampoco preguntó de qué había muerto ni siquiera hizo una oración por Oralia. “Estoy muy ocupada para llorarle a los muertos”, le dijo a su marido, y nunca más volvió a pensar en la abuela.

4

“Me gustaría estar con él”, piensa Oralia. Se cree culpable por el accidente que le arrebató la compañía de su esposo y siente como si la existencia misma se estancara. No debió dejarlo salir de casa. Cualquier excusa hubiera sido buena para retenerlo, pero no lo

hizo. ¿Cómo iba a saber lo que pasaría? Ella trata de distraerse de las dos formas que la complacen desde hace años: salir al jardín a cuidar sus pequeñas plantas y escuchar en el radio la estación en donde transmiten las canciones que conoce.

A estas alturas de la historia, ya debieron intuir lo que le sucede a Oralía: evadirse le cuesta, y la esencia de la evasión que nos permite supervivir en ciertos momentos no es capaz de suplirla con algún vicio, tal vez si hubiera comenzado a beber sus pensamientos serían otros. Para ella es seguro que no tiene soluciones rápidas, mucho menos satisfactorias.

5

Oralía siente urgencia por podar sus plantas. “Ya no se ven lindas”, dice para sí misma, y entra al cobertizo del jardín. Contempla los instrumentos que usa para arreglarlas. Las tijeras podadoras piden a gritos ser vistas, no sólo por su color amarillo, sino por su gran tamaño. Ella piensa que si tuviera unas tijeras que le permitieran cortar de raíz las angustias, su vida estaría resuelta o, al menos, sería llevadera. Es una idea infantil, estúpida si la quieren adjetivar de alguna forma, y Oralía es consciente de ello, ¿pero quiénes son ustedes para juzgar sus ideas?

Toma el instrumento y desliza sus manos a lo largo de él mientras se sienta en el piso, despacio. Observa las cuñas. A pesar del óxido, tiene excelente filo. Son las tijeras para podar árboles que casi nunca utiliza. Y en lo que parece ser un ataque de imprudencia, por no decir que tiene más tintes de ser un arrebató de locura, sujeta con ambas manos las tijeras contra su estómago. La punta está directa sobre el vientre. El movimiento es circular y la presión es suave. Brindan alivio. Poco a poco comienza a hacer más pre-

sión con la herramienta sobre su cuerpo. Las pasea con lentitud sobre las tripas y corta un botón de la blusa. Posa el instrumento verticalmente en su regazo y otro botón se desprende, y uno más y otro. Ahora el filo está en el pecho. El metal es frío. La piel se eriza. Siente un cosquilleo en la nuca. Empuja lentamente las tijeras contra sí misma. Brota sangre. El líquido es cálido.

Siente calidez en todo el cuerpo. Es una sensación equiparable a un orgasmo. Esto es nuevo, como si las respuestas hubieran llegado acomodadas especialmente para que ella comprenda. Sin embargo, en el momento que mira un hilillo de rojo manchar sus manos, el instrumento se estrella en el suelo. El sonido agudo del metal contra el piso ayuda a que Oralia salga por completo del pequeño trance. La sensación termina. Las tijeras caen abiertas, forman una X. El perno que une las dos cuñas ahora tiene la forma de un ojo. Oralia se siente deseada por él. Es el ojo del hombre que dejó tuerto. La mira fijamente. Desvía por un instante la mirada a sus manos y la regresa a las tijeras. El ojo ahora es el de Edelio. Ella parpadea. El ojo la imita. Oralia comienza a llorar y una lágrima también emerge de las tijeras.

Se levanta tan súbitamente que tiene un leve mareo. No se percató de que manchó la blusa de sangre. Trata de limpiarse, pero es inútil: mancha más su ropa. No se explica cómo es que de esa pequeña herida saliera tanta sangre. Sale del cobertizo y corre hacia la casa, directo al lavabo. El agua está fría. Frota sus manos con insistencia y ve cómo el agua se tiñe. Con movimientos rápidos y torpes se desnuda. Pone la ropa en una bolsa y sale a tirarla al jardín. Siente el viento entre los muslos y la piel se eriza de nuevo. Regresa adentro y se va directo a su recámara. Tapa la herida del pecho con una almohada. Llora. Piensa en esas tijeras, en la sangre, en ese ojo, en Edelio.

6

Pasaron dos días. A ella le pareció como si fueran semanas completas, y es que, ¿qué es el tiempo sino otra forma de angustia? Durante esa elasticidad temporal se llenó de incertidumbre, se cargó de nostalgia y un poco de locura. No se había dado cuenta de que la herida desapareció, tampoco de que la almohada no tenía ni una mancha de sangre, ni siquiera una cicatriz, porque de repente, así sin más, , a Oralia le llegó un chispazo de ánimo. Desesperación no le pudo dar una respuesta convincente para evadirse o afrontar su problema. Por supuesto, nunca más volvería al cobertizo. “¿A quién le importan las plantas que ni siquiera dan sombra?”, se repite.

7

Cuando Oralia se fue a vivir con Oralia tenía algo de miedo. Creía que su abuela era como un monstruo. Siempre la vio seria, con un vestido que le cubría desde las pantorrillas hasta el cuello. Imaginaba que debajo de ese vestido no existía un cuerpo, sino una masa de pelos enredados y que la abuela los cubría por vergüenza. A Oralia le costó tiempo ganarse la confianza de la nieta, hasta que en una ocasión encontró a la niña jugando con el labial de Adela que las cosas cambiaron. La abuela malinterpretó el asunto. Pensaba que Oralia quería comenzar a maquillarse, y lo que hizo fue arrebatarle el labial, darle un golpe en la cabeza, sacudirla, aventarla al suelo y regañarla duramente. La niña no sabía por qué lo hacía. La situación era más confusa que molesta. El golpe le dolía, pero no lloró, creía que si lloraba su abuela le iba a mostrar lo que en verdad llevaba debajo del vestido.

Al día siguiente, la abuela llegó con un estuche de maquillaje

pequeño y se lo dio a Oralia, y no sólo eso, también le enseñó a delinear los ojos, utilizar el rubor, pintarse los labios, enchinar las pestañas, sacarse la ceja y le dio varios consejos que a la fecha aún sigue. La nieta dejó de sentirse mal por la reprimenda del día anterior. Por primera vez desde que su mamá falleció, sintió felicidad. Pueden dar por seguro que Oralia crió mucho mejor a Oralia de lo que pudo haberlo hecho Adela, lo que ya es bastante decir, si se toma en cuenta que no quería tenerla mucho tiempo en su casa.

8

La verdadera razón de la molestia de Oralia con la niña era porque ese labial fue el último regalo que le hizo a su hija. Adela estuvo muy agradecida. “Me gusta mucho, mamá, muchas gracias, me lo pondré en un día especial, ya verás”. Nunca lo pudo usar. Semanas antes Emilio se enredó con otra mujer. Las dos, madre e hija, ya lo sospechaban, incluso antes de que sucediera. Oralia decía que la infidelidad se la buscó Adela, porque lo descuidaba; Adela, que era porque Emilio era un malagradecido.

Los días especiales nunca llegaron. Oralia no entendía cómo era que la niña no podía respetar lo que significaba ese labial, y apelando a que ustedes ya lo dedujeron, Oralia no tenía idea de lo que significaba ese labial, para ella era sólo un labial. El regaño fue una arbitrariedad; el regalo una compensación.

Desde aquel momento Oralia comenzó a clasificar sus recuerdos en dos tipos: los buenos y los malos. Básico y hasta rudimentario, pero eso le ha ayudado a desechar en buena parte todo lo que tiene capacidad para afectarla. No concibe recuerdos regulares, dice que se convierten pronto en algo sin importancia y cree, con algo de justificación, no la mía, sino autoimpuesta, que si lle-

náramos la memoria de eventos regulares viviríamos en un eterno recuerdo. Si ella conociera más palabras podría describir mejor lo que piensa, lo que siente, y expresar de manera precisa su dolor. Su mundo sería distinto. Sus limitaciones no deben interferir con lo que ustedes o yo creamos sobre ella y sus actos. La comprensión es una herramienta atrofiada en la mayoría de las personas. Les recomiendo que no intenten usarla con esta mujer, ni con nadie más.

9

Un recuerdo malo es la primera discusión que Oralia tuvo con Edelio. A su esposo no le gustaba la sopa con pedazos de tomate. Ella no lo sabía. Al preparar la comida, no le pasó ese detalle por la mente. Nunca creyó que el tomate fuera capaz de generar conflictos, al contrario, se sentía orgullosa de los alimentos que preparó.

La primera discusión que tuvo con Edelio no fue una discusión. Su esposo se comió de buena gana todo lo que ella le sirvió. Al terminar, ella preguntó: “¿Quieres más?” “No, quedé lleno”. “¿Qué te pareció la comida?” “Estaba muy rico todo, sólo que para la próxima cuele el tomate antes de que se lo echas a la sopa”, respondió el marido alegre por la comida. Ella creyó que había fallado, que eso fue un reproche, sin dudas, y que si no probó un segundo plato fue porque la comida estaba asquerosa. Estaba herida. No se lo dijo. Era mucho el miedo a que él la dejara.

Oralia quería ser perfecta para ese hombre, y se esforzó en serlo al punto de que sabía cómo le gustaba todo a Edelio: desde el lavado de sus calcetines hasta el tendido de la cama. El marido poco a poco dejó de sorprenderse por la entrega de Oralia, y sin darse cuenta, se dejó llevar por todo lo que hacía para él, como si

le hubieran moldeado el gusto. Gradualmente ella acabó con el interés y el entusiasmo de Edelio por cualquier cosa que no estuviera relacionada directamente con su oficio. Él estaba cómodo con la situación.

Oralia no era consciente de lo que provocaba en su esposo, tampoco podía sospecharlo (aquí haré un paréntesis para tratar de demostrar cómo Oralia fue quien realmente le cambió la vida a Edelio, no al revés. Ella nunca se va a enterar de que aquella tarde Edelio no la volteó a ver porque le pareciera una falta de respeto mirarla tan pesado como los demás, sino que no se dio cuenta de que iba pasando. Una distracción fincó sus vidas), y si no lo sabía no era por algo fortuito, como la primera vez que se encontró con él y se metió en la cabeza la idea de buscarlo y estar para siempre juntos, sino que el interés de Edelio se perdió tan paulatinamente que ni él mismo se dio cuenta, de lo contrario, si Oralia tuviera conocimiento de lo que sucedía, no tengan duda de que esta historia sería completamente distinta.

10

El primer trabajo de Edelio en la estación de trenes fue como calzador. Mantener una vía nivelada y alineada era arduo, y los durmientes a veces muy caprichosos. No le pagaban mucho, pero le gustaba hacerlo. Después de dos años como obrero de vías consiguió el puesto de guardagujas de estación. Tenía bastante responsabilidad: una distracción significaba catástrofe, pero el trabajo era aburrido: engrasar, limpiar, cuidar, engrasar, limpiar, cuidar... era todo lo que hacía cuando no era necesario un cambio en las agujas para que el tren llegara a otro destino. Ahí estuvo estancado un año, luego se volvió visitador. La res-

ponsabilidad era menor que la de guardagujas y a Edelio se le facilitaba detectar anomalías dando martillazos. En más de una ocasión encontró fisuras en las ruedas que, según los ingenieros ferroviarios, de ser pasadas por alto, hubieran causado tragedias. El buen trabajo de Edelio les ahorrraba bastante dinero y era bien remunerado, por eso le pudo dar una vida con una sola preocupación a Oralia: él.

Edelio nunca llegó a saber nada sobre la rentabilidad o comodidad del transporte ferroviario, y no le interesaba saberlo, sólo se preocupaba por hacer bien su trabajo. Si el tren llegaba a tiempo o no, no era su problema. Tampoco le interesaba ahorrarle dinero a la compañía. Le interesaba mantener el reconocimiento de sus compañeros. Ganó la confianza de casi todos los implicados en el funcionamiento de la estación: ingenieros de vías, maquinistas, obreros, mozos de equipaje y boleteros, todos lo respetaban. Era de los pocos hombres que sabían prácticamente resolver cualquier desperfecto relacionado con el mecanismo más simple y el más complicado de los trenes: las vías. Por eso el día del accidente todos estuvieron trastornados.

Cuando Edelio murió parecía ser un día normal, pero Realidad tenía preparada una secuencia de casualidades fatales. Por el momento voy a dejar que, con ayuda de su morbo, ustedes reconstruyan lo que le sucedió. En su mente seguro ocurrirá de mejor forma, más tranquilo, más violento... con sus gustos y posibilidades no me meteré. Yo contaré lo que hacía Oralia en ese preciso momento.

11

El agua hierve con ajo, cilantro, apio y laurel. Oralia pica calabazas y papas, los demás vegetales ya están rebanados. No tardarán mucho

en cocerse. El fuego está alto. El pescado ya está limpio. Cuando era más joven, le repugnaba descamar y destripar. No le gustaba que las escamas se regaran por todas partes, el olor penetrante no le molestaba tanto. Desde que comenzó a limpiar los pescados en el jardín, ya no le molesta hacer esa tarea, hasta le había tomado gusto, descubrió que lo que le desagradaba en realidad era tener que limpiar la cocina. Oralia quiere preparar una limonada, pero se da cuenta de que le queda poca azúcar. “La próxima vez que compremos mandado, pediré más azúcar”, pensó. Pronto será la hora de comida y Edelio no tardará en llegar. Oralia suspira. Toc, toc. “¿Te dejaron salir temprano?” Nadie responde. Toc, toc. “Ya casi está lista la comida. Voy a abrirte”. Toc, toc. Sigue sin haber respuesta. Es entonces cuando Oralia se da cuenta de que quien toca no es Edelio. Él siempre responde, aunque sea con un chifido. Se limpia las manos en el mantel de la mesa y va a abrir. Un hombre con el uniforme de la compañía y cara seria está parado en el pórtico. Ella abre lentamente. Está nerviosa. “Señora, Edelio sufrió un percance”. El mensajero es contundente. Es un hombre acostumbrado a dar malas noticias. En lo que va del año, Edelio es el quinto trabajador del que tiene que comunicar su muerte. Cree que si da una mala noticia sin rodeos, la gente la asimila mejor. Está equivocado. Su sola presencia ya es una mala señal. Después de cierto tiempo de ser mensajero, al acercarse a la casa de algún trabajador, los familiares ya sabían que algo había sucedido. Oralia cierra la puerta. Regresa a la cocina y sigue preparando la comida. Si no echa pronto el pescado a la olla, los vegetales quedarán muy blandos, y a Edelio le gusta que no estén cocidos por completo.

Oralia se pone bastante triste al recordar ese día. Ahora sabe que las cosas que cambian realmente la vida de las personas ocu-

rran sin que se den cuenta. Ese día, el caldo de pescado que preparaba para Edelio le quedó bastante salado.

12

Esta historia ya ha dado muchas pistas. Me extrañaría que no lograran predecir lo que le sucederá a Oralia. Mientras se fragua lo inevitable, trataré de explicar lo que le ocurre ahora mismo. Ya sabemos que las formas de recordar son muy extrañas y que, desde antes de aquel encuentro con Desesperación, los pensamientos de Oralia desembocaban en Edelio. Ahora es una exageración. Un aroma, una palabra, una imagen, una sensación: es increíble la capacidad que tiene para relacionar todo con él. Ella está tan sensible desde que ocurrió lo del ojo en la tijera que el simple hecho de salir al jardín y ver la cerca que Edelio no acabó de pintar el reciente verano, le hacen más mordaz la memoria. “¿Por qué no acabó de pintar? ¿Qué habrá pensado en el momento que se dio cuenta de que iba a morir? ¿Habrá pensado en mí?” Lo que sí es nuevo en Oralia desde el momento que tuvo con Desesperación es su capacidad para observar.

Se da cuenta de detalles en los que nunca había reparado, por ejemplo, ahora sabe que la puerta de la entrada tiene rayones en la chapa, hechos cada vez que no embonaban la llave a la primera, rayones provocados seguramente cada que volvían de algún lugar juntos y él abría, pues cree que ella siempre acertaba a la primera, y le consta que cuando se encontraba en casa siempre le abría la puerta a su esposo; o que el cuarto escalón es dos centímetros más alto que los demás y por eso en varias ocasiones Edelio tropezó al subir las escaleras; o que la ventana del balcón, vista desde dentro, es asimétrica, pero desde el jardín parece totalmente proporcional,

por eso el sol no iluminaba de la misma manera sus rostros al amanecer, al estar sobre la cama. La luz partía en dos, en forma diagonal, su rostro, mientras que el de Edelio estaba incendiado por completo.

13

Todo lo que la rodea le evoca al esposo, a los planes que ella hizo para la vejez, los días felices que se truncaron. Los recuerdos son malos. La ponen de mal humor. No puede tener distracción con sus plantas. El otro consuelo que le queda es el de escuchar el radio y esperar a que una canción que conozca sea transmitida. Eso hará en este momento.

Prende el radio: “Vuelvo al sur/como se vuelve siempre al amor”, la versión de Caetano Veloso le gustaba más a Edelio que la de Mercedes Sosa. “Vuelvo a vos/con mi deseo, con mi temor”, y es la que suena en este momento. A Oralia le gustaba más escuchar cantar a Edelio que cualquier otra versión. “Llevo al sur/como un destino del corazón”, a diferencia de lo que pasaba con todo lo que la rodea, el recuerdo de su esposo al cantar lo clasifica como bueno. “Soy del sur/como los aires del bandoneon”, se imaginó a sí misma moviéndose al ritmo de la música, disfrutando los acordes, saboreando un abrazo. “Sueño el sur/inmensa luna, cielo al revés”. “Me gustaría estar con él”, piensa Oralia. (Aquí tengo que hacer otro paréntesis, uno grande. Ya basta de sugerencias con ustedes. Oralia planea morir. Para que pueda hablar al respecto sobre el asunto de perder la vida, no hay que obviar lo siguiente por más ramplón que parezca: una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Un portugués ya ha expresado esta idea de la diferencia de las cosas, y me voy a tomar la libertad de parafrasearlo para

que ustedes comprendan mejor a lo que me refiero: una cosa es una cosa: arriesgar la vida; otra cosa es otra cosa: muy distinto es hacer algo en lo que consta que se perderá la vida, aunque los dos caminos lleven al mismo lugar, en esa diferencia nace una línea muy pesada, invisible, inobjetable. Oralia quiere saber qué es la muerte, encarnarla, no experimentarla por medio de Abandono, Indiferencia o Dolor, formas en las que ya se le ha presentado. No sabe cómo hacer que le nazca la muerte y no deje de ser promesa. ¿Qué sentido tiene estar vivo si se tiene la impresión de ser aire en un mundo donde sustancia y pesadez mandan?). “Vuelvo al sur/el tiempo abierto y su después”. Oralia ya comenzó el juego de los cómo y los porqués. Disfruta la música y baila con los brazos abiertos. Mira el radio y la bocina se empieza a convertir en una boca. “Quiero al sur/su buena gente, su dignidad”. La voz de Caetano se transforma en la de Edelio. Ella continúa el baile y comienza a cantar. Toma el aparato entre sus manos y lo coloca a la altura del rostro. “Siento el sur/como tu cuerpo en la intimidad”. Cierra los ojos y piensa en él. “Vuelvo al sur”. Los abre para darse cuenta de que el rostro de Edelio está frente a ella. Lo sostiene. “Llego al sur/”. Los labios se unen. El beso es tal como el primero que experimentó con su marido: tierno, temeroso, lleno de promesas. “Te quiero sur/te quiero sur”. La boca no sólo son labios, también es lengua: penetra lentamente en la boca de Oralia, se mece de un lado a otro, reconociéndose con su par; también es dientes: un suave mordisco en los labios, pasión; es humedad: las salivas se funden en una, es una poderosa mezcla; es paz: una sensación agradable, se desencadenan químicos en el cerebro, el hipocampo se activa, dopamina, oxitocina, serotonina liberadas; también es terror: apego, dependencia, es adicción, la lengua del aparato se

introduce cada vez más profundo en Oralia. Ya no transmite pasión, ahora es como si el falso Edelio tuviera hambre de la boca de Oralia. La lengua se convierte en falange. Ella siente como si le escarbaran en la garganta. Quiere apartar esa cosa de su rostro, pero el aparato se aferra. Siente como si la lengua se liberara del frenillo y se le introdujera en la garganta al mismo tiempo que la otra boca le muerde los labios. Aprieta los ojos. Le da terror abrirlos y descubrir qué es lo que tiene frente a ella. Se ha tragado esa lengua, ahora la siente en el estómago, aún más, en el vientre, como si le hubieran implantado un bebé. La mordida persiste, lastimándola. Corren lágrimas por su mejilla. Edelio no es sólo rostro, también es brazos: ahora siente un apretón alrededor de la espalda, un abrazo constrictor, no se logra separar, es como si tuviera encima una camisa de fuerza, una serpiente. “Te quiero sur/ Tequierosur/ Surtequiero/ Surequetiro/ Restoquierus/ Tosequeiur”. Las palabras no se pueden distinguir. El lenguaje es ruido. El mundo no es comprensible. El mundo no es habitable. Ahora se distingue otra cosa: “Quierotuser/ Quiero tu ser”.

El abrazo y el ahogo terminan junto con la melodía. El radio cae al suelo, quebrándose, los labios desaparecen, la bocina vuelve a ser bocina, Edelio desaparece, el mundo vuelve a ser mundo, Oralia vuelve a estar sola, pero la sensación de llevar algo dentro no se ha ido: más bien es como si le hubieran arrebatado algo. Quiere irse a su recámara, pero le da vértigo subir las escaleras. Tiene miedo de tropezar con el cuarto escalón. Tiene miedo de encontrar a Edelio recostado en la cama. Se preguntarán, entusiastas invitados a la distorsión de Realidad de Oralia, ¿cómo es que yo sé todo esto?

14

¿Qué tanto de lo que te han dicho es cierto?

¿Qué tanto puedes comprender?

Soy humanidad, dioses

Soy sinapsis

Soy creación

Soy todo

Elemental para el funcionamiento de Realidad

Residencia donde creé a Todos

Donde Todos me engendran

Ouroboros

Abanico infinito de posibilidades

Oralia está conmigo, Oralia,

También Adela y Edelio

Ofrezco salvación,

Escape

Cercanía

Pienso en ti y tu abuso conmigo

Tu amor por Edelio era abrumador, enfermo, huracán

Tú fuiste quien lo sedujo,

Le impusiste tu compañía,

Le dictaste su destino

Para ofrecerle claridad te volviste sombra

Desde hacía tiempo sólo pensaba en desaparecer

No lo hacía porque era un buen hombre

¿Qué habrías hecho si en lugar de muerte hubiera encontrado libertad?

¿No te parece extraño que también Emilio haya escapado de Adela?

Igual que tu madre

eres asfixia

Ella también abusó conmigo
Hay predisposición en las de tu linaje
Oralia también sesionaba conmigo
Si te hubieras molestado en saber cómo murió
 no dudarías en culparme
Te diré que ninguna de ustedes supo parar las excitaciones
y el horror llegó por no saber cuándo es bastante
Cuándo es suficiente
Cuándo parar
No te convertiste en madre para estar sólo para él
Edelio sufrió tanto, le hiciste creer que era árido
Tú cargas abortos
Fraguaste engaños
Sufriste la maldición de las ideas fijas
No querías concebir un mundo en el que otro ser demandara tu
atención
Dime, Oralia ¿te reconfortó pensar en el cuerpo destrozado de
Edelio?
Él se convirtió en promontorio de carne
Su rostro se amasó con la fuerza de vagones
Emparedado entre metales
No se liberó,
Fue sólo un escape inmediato e indoloro
 asqueroso
 ilusorio
Él sigue oprimido en tu cabeza
¿Quieres liberarlo?
¿Quieres liberarte?
Yo tengo respuestas, Oralia

Toma el labial
Píntate los labios como te enseñó Oralia
Sube al balcón de tu recámara
Te elimino vértigo para que veas de frente al suelo
Sientes que flotas por las escaleras
Abres la puerta que no se ha cerrado
La ventana te regala la misma vista que tuvo Edelio
La cortina se logra oponer al viento
Qué es lo que puede hacer la corriente si tú te interpones
Los ladrillos son más grandes de lo que recuerdas
En realidad no puedes recordar esa parte del suelo
Sabes que todo sigue igual
No te importa el tamaño de los ladrillos
Contemplas el piso y aguardas la sonrisa
No hay otra manera de arreglar las cosas
Lo sabes
Incendiar la casa no dará resultados
El fuego no acaba con los recuerdos
Los aviva
Olvida esa idea
Más que cuestión soy sentencia
De pronto distingues entre los ladrillos insinuaciones de hierba
Te recuerdan a tus plantas
Las que te regalaban felicidad cuando Edelio salía de casa
No quieres que les pase nada
Nunca dejarías que alguien les hiciera algo
Crees que si la intención fuera suficiente para causar daño
protegerías esos brotes con todas tus fuerzas,
por eso dejaste tuerto a un hombre

En medio de tu mirada hacia la hierba
aparece la sonrisa amable
Soy yo, Oralia
Sólo quieres que la sensación de tener algo en el vientre termine
Sólo quieres que la sensación de que te haya arrebatado algo se acabe
Sólo quieres paz
Yo también soy paz
Soy placebo
Soy lengua en el silencio
Soy abrazo de ave
Soy tempestad
Descubre los brazos
Iré hacia ti
Te recibiré como tú los has hecho conmigo
Como todos ustedes lo hacen
sin oposición, con gusto
Soy mito
Soy utopía,
Soy Imaginación
Descansa, Oralia
Todo estará mejor
como tú siempre lo has querido
Adiós, Oralia

15

Oralia está en el jardín. Arregla un pequeño arbusto que está por florecer. Ya movió el follaje con las manos y retiró las hojas muertas. Poda las ramas que tienen formas extrañas. Le gusta ver cómo crecen nuevos brotes en tallos viejos. Ahora el arbusto es unifor-

me. Oralia se siente ansiosa. No decide qué es lo que preparará de comer. No está segura si un pollo en aluminio o una ensalada de atún le agrada más a Edelio, que volverá en unas horas. “¿Qué hará en este momento? ¿Estará pensando en mí? Me gustaría estar con él”, piensa Oralia.

Condenados

El juicio aún no concluía, pero la hoguera estaba casi preparada. El espectáculo en el que se convertía la quema de brujas ponía a toda la comarca eufórica. El fallo sin duda sería el mismo de siempre: culpable. Los acusadores eran familiares, amigos, conocidos y hasta su esposo. El pastor, único juez ante los ojos de El Señor y los acólitos, tenía la última palabra. Cabe mencionar que desde su designación como juez, en todos los juicios nunca hubo sorpresas con sus veredictos. ¿De qué se acusaba a aquella mujer? Hechicería. ¿La causa? Esa forma de hacer papas. Nadie podía explicar cómo era que le quedaban tan delgadas y crujientes; no cocidas ni asadas ni tostadas: fritas, en rodajas.

La mujer no se cansó de explicar que fue un accidente, por su torpeza tiró al caldero con aceite hirviendo las papas que ya estaban cortadas. Lo juraba por Dios.

—¡Es una hechicera, una bruja! —gritó la vecina que vivía al lado de su choza desde toda la vida— La he visto hablar con las gallinas y con los cerdos algunas noches. Las bestias la obedecen. Los cerdos caminan en dos patas, como los hombres. Las gallinas le hablan con voces de niños ¡Lo he visto con mis propios ojos!

—¡Eso no es verdad! —dijo la acusada— Yo no puedo hablar con los animales, eso es una tontería...

Todos guardaron silencio. “¡Bruja!”, se escuchó un grito, y enseguida se montó al unísono un coro de voces enardecidas: “¡Bruja, bruja, bruja!” El juez pidió a todos serenarse y explicó con voz lenta y un tanto arrogante que necesitaba más pruebas para condenarla, el buen sabor de las papas que había frito “por accidente” no bastaba. Tampoco el testimonio de la vecina. “Si es culpable, la entregaremos al fuego

para que su camino al infierno sea pronto y resignado, que de su cuerpo sólo queden cenizas. Si resulta inocente ante Dios, purificaremos su alma sumergiéndola en el río hasta que se encuentre con Él". El pastor ya estaba cansado de que todas las acusadas de una o de otra forma, fuera largo y tedioso o rápido y eficaz el juicio, acabaran muertas. Todo apuntaba a que este sería un juicio largo. Continuó dándole la palabra a los acusadores.

—Ella es una bruja —intervino la hermana de la acusada—. ¿Cómo se explica que tenga mejor sazón que yo? Mi madre fue la mejor cocinera del pueblo, y ella me enseñó el arte de la cocina mientras mi hermana se dedicó solamente a remendar. Nunca se acercó para aprender la cocina. La he visto usar hierbas en sus alimentos, hierbas que no deberían usarse nunca en la cocina. Afirmo ante Dios que ella se robó los dones que nuestra madre encaminó como mi herencia.

—¿Cómo puedes decir eso de mí, hermana?

La mujer acusada se entregó a la desesperación. No podía creer lo que escuchaba. Otra voz emergió del tumulto:

—Es una hechicera, me consta —dijo la prima de la acusada—. Tiene embrujado a su esposo, hombre fuerte y noble, de espaldas anchas y brazos como troncos o ¿cómo se explica que él, siendo un hombre como lo es, aún no haya logrado dejar su semilla en ella? Lo tiene embrujado para no darle hijos. Los he escuchado entregarse al gozo durante noches enteras. Ella sólo atiende al deseo. Es insaciable y no concibe porque le marchitó la semilla a su esposo. La he visto enterrar su sangre mensual en la tierra, cuando hay luna llena y ofrecerla a los demonios.

—Yo soy inocente, lo juro ante Dios y ante mi esposo. No practico la magia. No soy una bruja —se defendía la mujer al borde

del llanto—. Un accidente con la comida, que le pudo pasar a cualquiera de ustedes, no debe ser motivo suficiente para que se me acuse. Lo que ellas dicen no es cierto. No hablo con animales. No robé ningún don. No me entrego sólo al placer. Mi esposo y yo no hemos podido engendrar por más que lo intentamos...

—Nuestro Señor no ve con buenos ojos al que se resiste al juicio. ¿Insistes, mujer, en que lo de las papas fue un accidente? ¿Cómo explicas entonces la acusación de tu vecina, la de tu hermana, la de tu prima? ¿Acusas a tus vecinos, a tu propia familia, de mentir? ¿Cómo explicas que tu esposo y tú no han tenido descendencia, si El Señor lo que busca son más ovejas que guiar en su rebaño?

El juez estaba fastidiado. La supuesta bruja resultaba ser como todas las mujeres con las que ya había tratado. Ni siquiera consideraba la tortura para hacerla confesar. Iría directo a la sentencia. El ambiente de carnaval ya acechaba al gentío. Las quemadas siempre eran acontecimientos. Reafirmaban la fe de la comarca. Era una especie de celebración.

Tal y como marcaban las leyes ante los juicios de las brujas, se necesitaban sólo tres testimonios de acusadores para poder procesar a las imputadas.

—¿Cómo se confiesa ante Dios? Es la última oportunidad para absolver su alma —preguntó el juez.

La mujer no tuvo oportunidad de responder, pues se alzó un grito:

—¡Ella es bruja! Tenemos siete años juntos y nunca se ha podido embarazar. ¿Qué más prueba necesitan? Ella me embrujó: ¡me volvió estéril! —el marido de la acusada estaba consternado.

—¡Quémenla! —gritó la hermana de la acusada.

—¡Al fuego, la bruja al fuego, al fuego! —entonaba la multitud.

El pastor no tuvo más opción que declararla culpable de hechicería. ¿Qué otro camino le quedaba? Sabía que la muerte de la mujer era irremediable, ahogada o calcinada. Condenar a alguien al fuego era un espectáculo que el pueblo ansiaba, y que él, casi podía asegurar, El Señor veía regocijado desde su trono.

La hoguera ya estaba montada, sólo esperaba para arder. Toda la comarca estaba allí: mujeres con sus hijos, hombres con sus herramientas, ancianos y enfermos con sus malestares: nadie debería perderse el ejemplar escarmiento. Todos debían entregarse a su fe. La mujer ahora se encontraba atada de pies y manos a un poste, al centro de la hoguera. Desesperada, con lágrimas, imploraba por su vida. La muchedumbre estaba impaciente, esperando el momento en que se arrojaría la antorcha para que todo se consumiera.

—Es tu última oportunidad para confesar y no condenar tu alma, mujer —insistió el juez.

—No tiene nada qué confesar. ¡Es una bruja! —gritó el esposo y todo el mundo lo aclamó.

—¡Qué arda la bruja! ¡La bruja al fuego!

—Todos necesitamos ser escuchados ante nuestro Señor. No desesperen, hermanos míos, tenemos que ser justos.

El pastor logró calmarlos un poco y continuó dirigiéndose a la mujer:

—Si confiesas ahora, mujer, puedo ahorrarte sufrimiento, puedo brindarte una muerte rápida y menos dolorosa: un cuchillo clavado en tu corazón para que deje de latir, por ejemplo. Puedo limpiar tu nombre para que no seas recordada como una discípula del demonio. Tú decides tu muerte... O prefieres seguir sin confesarte ante Dios y esperar el castigo eterno y las cosas horribles que están por sucederte.

Ella no respondió. Permaneció con la cabeza gacha y el pelo cubriéndole la cara. Se podría decir que ya estaba resignada. Ni siquiera se inmutó cuando el pastor le tomó el rostro y le insistió:

—Confiesa ya, mujer.

Permaneció en silencio. Poco a poco enderezó su rostro. Una mueca similar a una sonrisa se trazó en sus labios, mostrando los dientes amarillentos.

Al no tener respuesta, el cansado representante de Dios en la tierra, con antorcha en mano, comenzó un discurso que a estas alturas era innecesario, pero era parte del protocolo:

—El día de hoy, por los señalamientos del pueblo, de su vecina, su prima, su hermana y su marido, acusada de hechicería, de hablar con los animales, de robar dones, enterrar su propia sangre y no traer al mundo hijos para que difundan y vivan bajo la palabra de Dios, condenamos a esta mujer a la hoguera. Nuestros rezos serán elevados al cielo para rogar por la salvación de su alma...

El cielo, que estuvo despejado la mayor parte del día, repentinamente se llenó de nubes grises. Un fuerte viento azotó, un viento extraño, pues parecía que bajaba del cielo en lugar de ascender. Los árboles comenzaron a danzar. Un relámpago trazó el horizonte de un amarillo eléctrico. Los presentes sujetaban su ropa y se apretujaban ante el feroz viento.

Otra serpiente eléctrica descendió del cielo y anidó en lo alto del árbol más cercano. Las llamas en la copa acapararon la mirada del gentío.

—¡La bruja lo hizo! —gritó la vecina— ¡Pronto! Prendan fuego. ¡Qué arda! ¡Quémennla!

La sonrisa de la acusada se transformó en abierta carcajada. Era una risa que se escuchaba por todas partes, como si viniera también

de los árboles y del cielo. El viento arreció y derrumbó el árbol que ardía. El pastor estaba asombrado. Por un momento, el reflejo del fuego pareció teñir el cabello rubio de la mujer, volviéndolo rojo. El pastor se apresuró a arrojar la antorcha a la hoguera. Poco a poco las lenguas de fuego comenzaron a lamer los pies de la condenada.

—Eran sólo unas papas, estúpidos. Sí, practico la alabanza al demonio, ¿era lo que querían escuchar? —todos quedaron mudos—. Hablo con los animales porque tienen mejor tema de conversación que todos ustedes, imbéciles. Ellos aprecian a la tierra, no le piden más, y no le rinden cuentas a ningún ser más que a ella, y los devoramos y los usamos como mercancía, no nos interesan, sólo los usamos y los comemos...

El fuego en la hoguera cada vez se hacía más intenso. La bruja, con una mueca, señaló a la mujer que comenzó el alboroto y le dijo:

—De ahora en adelante hablarás el idioma de los cerdos. Sólo podrás comunicarte con ellos.

La vecina se llevó las manos a la boca, temerosa de las palabras de la condenada.

El pastor estaba en silencio. Asustado. Por primera vez dudó seriamente de El Señor. ¿Cómo era posible que permitiera todo lo que pasaba en ese momento? La mujer no gritaba de dolor ni imploraba por su vida: parecía disfrutar el fuego. Le dijo a su hermana:

—Nunca creí que tú me traicionarías. Sabes bien que nuestra madre cocinaba con las mismas hierbas que yo utilizo. Tu soberbia al creer que ella sólo te enseñó a ti a es demasiado ingrata. Pero te juro por mi alma que nunca más volverás a probar ningún sabor...

Al pronunciar aquellas palabras, el fuego ascendió aún más, hasta llegarle a la altura de los hombros. La bruja se dirigió a su prima y a su esposo.

—El placer que me daba el cuerpo de ese hombre era inigualable, para qué traer más hijos al mundo, a ser educados bajo la ley y el designio de un dios infiel, dedicarme a su cuidado y olvidarme de gozar con mi cuerpo el cuerpo del hombre. Tú siempre deseaste en secreto a mi esposo —señaló a la prima con la cabeza—. Me daba cuenta siempre que nos espías, y gemía más fuerte para que nos escucharas... La sangre que entierro es la única forma de nutrir a la tierra con mi cuerpo, de regresarle un poco de tanto que nos da...

El marido, horrorizado, comenzó a pedirle perdón y a gritar desesperado, pero era tarde: la bruja estaba cubierta por el fuego. Todavía alcanzó a lanzar una condena que no pudo ser escuchada claramente por todos:

—¡Estúpidos! No era necesario llegar a tanto. Eran sólo unas papas, pero ustedes son miserables, de ahora en adelante...

Un fuerte rayo cayó encima de la hoguera y acabó con todo. El pastor se derrumbó sobre el suelo. La muchedumbre que asistió quedó helada, en silencio. Poco a poco fueron recuperándose de la impresión. Mientras todo eso sucedía, un niño comía unas papas fritas que alguien llevó a la quema de la bruja. Cuando su hermanito estiró la mano para alcanzar lo que el otro comía con gusto, le dijo:

—Ten. A que no puedes comer sólo una.

Fue el inicio de la condena.

Miopías y más absurdos

Nací en febrero

Édgar siempre pensaba estupideces, igual que yo. Creo que por eso fuimos buenos amigos. Los dos reflexionábamos sobre cosas que, me gusta pensar, nadie más tomaba en cuenta. Entre tantas idioteces que llegamos a platicar, recuerdo una que prácticamente hace que todos los días valore un poco más mi estancia en este mundo.

De niño tuve un vecino, Felipe, que era poco mayor que yo. Nunca llevamos una buena amistad, pero tampoco me desagradaba. Su papá era alcohólico y su mamá trabajaba casi todo el día en una maquila. Tenía dos hermanos pequeños. Su abuela paterna cuidaba de ellos y parece ser que la misma señora mantenía siempre borracho a su hijo. Cuando no bebía, el hombre se ponía agresivo. El alcohol era una forma de mantenerlo contento, a raya, o al menos entretenido en otra cosa. Nunca supe que golpeaba a Felipe y probablemente también a sus hermanos hasta que una ocasión lo agarró a cintarazos en medio de la calle porque no le quise prestar mi balón. “¡Te he dicho mil veces que no pidas cosas prestadas, muchacho cabrón! No molestes a la gente. Si no tienes una pelota es porque no te la mereces”. Me sentí mal un par de semanas.

Justo al mes del incidente, volví a encontrarme con Felipe. Yo pateaba mi balón e intentaba hacer dominadas. Él cruzó por la acera de enfrente y, cuando me vio, corrió a esconderse detrás de un coche. Fui tras él y lo invité a jugar, entonces noté que tenía un ojo morado. “¿Qué te pasó?”, pregunté. “Mi papá me pegó el otro día porque no completamos para traerle una caguama. También dijo que ya no te hablara, que nomás hacías que él me pegara porque te molesto. No quiere que juegue contigo”.

No supe cómo reaccionar. Solo di media vuelta y me fui. Le conté a mi papá lo sucedido. “Pues entonces ya no quiero que te juntes con Felipe”, me llamó la atención. Me sentí aún peor. Aunque debo decir que al poco tiempo olvidé del asunto y volví a jugar con mi balón.

Mi mamá ayudaba un poco a esa familia. Les daba la ropa que ya no me quedaba y una que otra vez algo de la despensa. No sé muy bien por qué lo hacía, y a la fecha no logro entender. Creo que en el fondo mi mamá sentía una especie de lástima por ellos. Cuando mi papá entró a trabajar en el despacho tuvimos que cambiarnos del barrio. Nos fuimos a un lugar mejor y perdimos contacto con todos nuestros vecinos.

Años después, al cursar la preparatoria, me topé con Felipe en la calle. Estaba muy cambiado, tanto que no lo reconocí al primer vistazo. Llevaba un traje a rayas y unos lentes Ray-Ban; yo mis Converse rotos y una camiseta negra viejísima, que ya hasta se transparentaba.

—¡Qué gusto verte! —me dijo.

—Qué onda...

—No me digas que ya no te acuerdas de mí. Soy Felipe, ¿te acuerdas que jugábamos fut a veces?

—Ah, claro que sí... Qué onda, ¿cómo estás?

—Yo muy bien, excelente. Ahora mismo vengo de una junta de trabajo.

—Bien. ¿En qué trabajas?

—Permíteme un segundo.

Su celular timbraba. En ese entonces tener un celular, aunque fuera un aparato horroroso, no era un mal necesario, sino un lujo.

—Claro que sí, ingeniero, dalo por hecho. Mañana te hago el depósito y todo como quedamos, ¿sale? —colgó y continuó— ¿Me decías?

—Ah, pues yo voy a entrar a la universidad y a veces le ayudo a papá con el trabajo en casa.

—Me da mucho gusto. Yo soy gerente del Banco del Norte. Tengo mi propia casa. Es mía, no de renta, y una mujer que ya espera a un Felipito. Soy el gerente más joven que ha tenido el banco, ¿cómo ves?

—Qué bueno. Me da gusto —dije y sonreí.

—Ya deberías empezar a hacer algo con tu vida. No te la puedes pasar en el estudio. Eso no sirve de nada.

—Sí, he pensado en trabajar en otro lugar...

—Ah, eso está perfecto. Te dejo mi tarjeta, contáctame.

Sacó de su bolsillo un estuche lleno de tarjetas de presentación. Era amarilla chillante y tenía mal escrito su nombre. Decía: “Felipe de Jesus Perez”, y la palabra GERENTE subrayada con rojo y en mayúsculas. Al parecer no le importaba que su nombre no tuviera los acentos correspondientes siempre y cuando dijera y quedara claro su cargo en el banco.

—Fíjate que busco a alguien que me ayude a lavar el coche y a cortar el jardín. Pago bien, ¿cómo ves? Para que te compres otros tenis, por si te interesa.

—Gracias —dije mientras guardaba la tarjeta.

—Entonces te dejo. Tengo otra junta en media hora y necesito llegar al bolero para que me deje bien lustrados los zapatos. Mucho gusto en verte, a ver cuándo vas a la casa o a la oficina para platicar.

—Sí, está bien. Gracias.

—Mucho gusto en verte, y de verdad, lo que necesites: no dudes en llamarme. Y recuerda que ya tienes trabajo conmigo. Dalo por hecho.

Felipe me extendió la mano para despedirse. Al momento de dar el apretón, sentí su mano flácida, como si fuera un pez muerto, y una sonrisa enorme, seguramente falsa, se dibujó en su rostro. No avanzó tres pasos cuando sacó el celular nuevamente e hizo una llamada.

No me sentí incómodo, pero a los pocos minutos empecé a sentir mucha ansiedad y después mucho coraje. Que haya dicho que comprara otros tenis, que él pagaba bien por ser su gato y decir que la escuela no sirve de nada... ¿Me vio cara de qué? Tan jodido que estaba el cabrón y ahora, nomás porque le va un poco bien, se toma en serio el papel de nuevo rico con su tarjeta tan pinche y “su propia casa de él”, como si eso significara algo. No dudo que le haya costado mucho trabajo llegar a ser gerente del bancucho. Me lo imagino al entrar al banco hace muchos años a trabajar en la limpieza y esforzándose en dejar los pisos tan relucientes hasta llegar a ser cajero, y de ahí el salto a gerente no lo considero tan complicado. De seguro era, y sigue siendo, un lambiscón. No hay peor combinación en este mundo que un lambiscón con ambiciones.

Esa tarde jugué fut con Édgar y le platicué lo sucedido.

—Se olvidan que todos venimos de abajo, en más de un sentido —dijo.

—No entiendo.

—Pues que a nadie lo trajo la cigüeña.

—Cada que me hagan sentir menospreciado, recordaré que al-

guna vez fui el espermatozoide más veloz. Soy un ganador —dije burlándome.

Él se unió a la risa, y continuó:

—¡Vaya que sí! En serio, piénsalo: ¿qué edad tenía tu viejo cuando naciste?

—No sé, como treintaytantos.

—Ahí está. Tu papá era chingón. Ponle tú, te tuvo a los treinta y cinco, ¿está bien? Imagínate y haz la cuenta, ¿de los trece a los treinta y cinco cuántos años hay?

—Deja ver... Veintidós.

—Imagínate a todas las viejas que se tiró en veintidós años. ¿Cuántas chaquetas se reventó? ¿Cuántos sueños húmedos...?

—Cuántos hermanitos pude tener...

—Eso. Ya vas entendiendo. Sigo: de todos esos hermanitos tuyos, sólo tú sobreviviste. Eres el afortunado espermatozoide hijo de puta que se logró. Dale gracias a la vida, a la probabilidad... Si yo estoy deprimido trato de pensar en eso. Pienso en las vidas que arrebaté nomás por ser el más veloz. Y eso que mi viejo estudió la secundaria en Estados Unidos, la carrera la hizo en Alemania y la maestría en España.

—Sin duda eres más afortunado que yo.

—¡Claro, cabrón! No te me comparas. Imagínate cuántas gringuitas, alemanas y españolas se chingó mi papá, sin contar las mexicanas. Si algo hace mi papá es coger como conejo, por eso tengo cinco medios hermanos reconocidos y quién sabe cuántos más chocolates...

—Eres un campeón.

—Tú también eres un campeón.

A estas alturas, por más serios que fuéramos al ser imbéciles, ya

no aguantamos más y nos burlamos un par de minutos. Desmenuzamos más la ocurrencia:

—Ser el espermatozoide ganador es buen motivante, ¿sabes?

—Definitivamente —me contestó.

—Aunque también puede ser un arma de doble filo.

—¿Cómo es eso?

—Comparado con tu papá, ¿tú a cuántas viejas te has tirado?

—Aaah, eso es un golpe bajo.

—No, hermano, a pesar de que te han tronado muchos cohetes en la mano, que seguramente tienes a muchos hijitos perdidos en el drenaje y otros cuántos malogrados en servilletas, que tu papá sí tuvo sexo interracial y tú no, tienes un gran consuelo: sigues siendo un campeón, el espermatozoide hijo de puta que le ganó a los demás, y eso nadie lo discute —dije con todo el ánimo de chingar a mi amigo.

—¡Eso! Soy el espermatozoide ganador hijo de puta que nunca tendrá celular ni tarjeta de presentación.

—¡Eres el espermatozoide perdedor hijo de puta que alguna vez fue el más veloz!

—¡Eres el espermatozoide perdedor hijo de puta que alguna vez fue el más veloz y que sigue trabajando con su papá y no completa para unos Converse nuevos!

Dos años después de esa plática, el Banco del Norte se declaró en quiebra. Un fraude escandaloso fue culpable. Cuatro años después, justo antes de terminar la carrera, perdí contacto con Édgar. Consiguió un buen trabajo en el extranjero. Él siempre tuvo buena posición económica, y todo el tiempo que lo conocí siempre fue muy sencillo. Vestía con ropa más vieja que la mía por puro gusto.

Espero que no haya cambiado. A la fecha sólo sé que tiene dos hijos: un niño y una niña. El chico lleva mi nombre y la niña el de su esposa. La última vez que hablamos fue en la navidad de hace dos años. No sé cómo consiguió mi celular y me marcó. No hablamos más de cinco minutos, pero fue muy agradable escucharlo.

Édgar fue mi mejor amigo durante muchos años. De él aprendí lo que en realidad es la igualdad: que, alguna vez, todos fuimos semen.

A quién no le gustan bonitas

Era bellísima. Al principio me resultaba difícil saber si Mariel estaba viva y respiraba o si era de plástico y tenía baterías. Pasé muchas veces a su lado cuando se aparecía en la aseguradora. Era la esposa de López, mi jefe. Nunca habíamos cruzado una sola palabra. La veía y trataba de que mi brazo o mi hombro rozaran con cualquier parte de su cuerpo cada vez que me la topaba en alguno de los pasillitos.

En una ocasión tuve que entregar un reporte en la oficina de mi jefe y ahí estaba ella, radiante. Él me ordenó que guardara las carpetas del informe en el archivero que estaba justo detrás de su escritorio. Lo hice. Ella rodeó el escritorio y se inclinó para abrazar a su esposo. En ese momento yo acomodaba las carpetas y sus nalgas rozaron con las mías. Sorprendido por el pequeño empujón, di un paso para adelante y toda la papelería acabó en el piso. López volteó a pendejarme, pero sus palabras se disolvieron con la sonrisa que ella me dedicó. Ese gesto me sirvió como consuelo durante un par de días. Cada que recordaba su carita, era el ser más optimista del planeta. Qué importaba el peso frente al dólar, la gasolina por las nubes, la guerra contra el narco... Ella me había sonreído.

Varios en la oficina andaban tendidos sobre Mariel, pero al ser la señora del jefe, era como si trajera un letrero de advertencia en la frente que decía: “No lo intentes, conserva tu trabajo”. Marielita bateaba a todos sin mucho esfuerzo, pero conmigo era diferente. Parecía que sí quería algo. Un acostón, una relación de amantes, abandonar a su marido para irse conmigo a vivir debajo de un puente, que me pisara los huevos con unos tacones puntiagudos, lo que ella quisiera, yo quería.

Era una de esas bellezas extrañas. Su rostro ligeramente asimétrico, los pómulos pronunciados que enmarcaban esa sonrisa, sus ojos almendrados y su piel lechosa; las piernas robustas y las caderas generosas, la hacían la mujer más hermosa ante mis ojos. Hasta cierto punto, la intuía inteligente, no una erudita, pero que al menos estaba por encima del promedio. Una mezcla con la que todo hombre sueña pero que rara vez tiene la fortuna de encontrarse: poco chisquiada, hermosa e inteligente. Quiero decir: nada chisquiada, muy hermosa y realmente inteligente, amable y comprensiva con su pareja. Por los vestidos que usaba, se me antojaba que también era cachonda.

Marielita comenzó a aparecerse más por mi área de trabajo. Siempre alegre. Empezamos a tener un trato cordial, que se puede resumir en saludos y sonrisas agradables que poco a poco dieron pie a conversaciones sosas, pero frecuentes. “Hola, qué calor hace, ¿verdad?”, le dije una vez. “Sí, hasta dan ganas de andar en calzones”, respondió. No se imaginan cómo me la imaginé en calzones.

Sostuvimos pláticas torpes y lo que a mí me parecían ligeras insinuaciones durante unos cuatro meses. Todas las noches, cuando yo estaba acostado en mi cama, pensaba en ella, en sus piernas, en su sonrisa, en los vestiditos cachondos, en cómo serían sus calzones...

Se llegó el día en que me hizo una invitación que no tenía manera de rechazar por dos razones: la obvia: ella me invitaba; la siniestra: era un almuerzo para celebrar el cumpleaños de López. “Nos vemos, te vas bien arregladito”, me dijo. El almuerzo sería el siguiente domingo por la mañana. Acepté.

Estaba embobado, tanto quería hablar y pasar un rato con ella, fuera del despacho, no me importaba que fuera en la celebración de su marido, que decidí ir ese mismo día en la tarde a comprar-

me una camisa más elegante y un par de zapatos que no se vieran desgastados, sin mencionar el corte de pelo y el arreglo en la barba que me hice. Estaba listo para que ella me viera arregladito. Marielita, la belleza más alegre del condado. Pinche suertudo el López. Ese cabrón se la estaba comiendo y yo me tenía que conformar nomás con sus sonrisas y mis puñetas.

Llegó el día. Todo el sábado, desde que salimos a mediodía del trabajo, me sentí muy nervioso. Aunque fuera la celebración del pinche López, de seguro que Mariel se esforzaría en verse guapísima. Me arreglé temprano y hasta compré un presente para el pinche festejado. Unas horribles corbatas que estaba seguro que le mamarían a López.

Llegué al jardín donde iba a ser la celebración y ahí estaban todos los de confianza de la oficina, los de otros despachos, todos inmamables, con sus viejas frívolas y sus niños horripilantes. Hubo un pequeño discurso del cumpleaños para agradecer nuestra grata compañía y enseguida la comida, que no fue muy buena, más bien estuvo pedorrón: burritos de asado y frijoles. Yo esperaba mínimo una carne asada. López era el jefe, el pinche patrón, no un gerentillo cualquiera. Todo el tiempo Mariel estuvo ahí, a su lado, guapísima. Pude ver cómo los demás marranos le echaban los ojos encima. Ella sonreía y hacía como que no se daba cuenta, y es que ese vestidito verde era muy generoso con la piel lechosa que dejaba a la vista.

Estuve sentado en una silla apartada de todos los demás, resignado a que Mariel ni me iba a pelar en toda la mañana, y estaba emputándome por la ropa que tuve que comprar para ese pinchuriento almuerzo. De repente, ella llegó hasta la mesa arrinconada en la que estaba. Jaló una silla. Se puso a mi lado y me agradeció

por estar ahí, por el regalo que le llevé a su pinche marido y porque me arreglé para la fiesta. Eso me puso muy contento. Se dio cuenta de mi corte de cabello y de mi barba arreglada. Mientras todos los demás andaban de lambiscones con López, ella y yo tuvimos una larga y reveladora plática.

Al principio me costó mucho aceptar que estaba ante una reverenda estúpida. Me decepcioné de su inteligencia y hasta un poco de su belleza. Tal vez porque antes no la había visto bien, pues no me atrevía a sostenerle tanto tiempo la mirada. Ahora que la tenía de frente, en una mañana con un sol hermoso y no bajo la incandescencia de un foco ahorrador de luz que daba vida a una oficina mediocre, me fijé que ocultaba las imperfecciones de su rostro con plastas obscenas de maquillaje. Es curioso: siempre he creído que las mujeres que se maquillan demasiado le gritan al mundo que se sienten feas.

Las opiniones que tenía acerca del mundo rayaban en lo fascista. Estaba en contra del aborto, en contra de los matrimonios homosexuales, en contra del consumo de drogas, en contra de la izquierda; a favor de los aumentos de la gasolina, a favor de la guerra contra el narco, a favor de que los militares estuvieran en la calle... ¿Que cómo me di cuenta de todo eso?, a decir verdad, no lo dijo abiertamente, pero siempre pasa, no falla, apuesto mi alma a la condena eterna si me equivoco, que si alguien está a favor de las dos vidas es, sin duda alguna, una persona que está en contra de las drogas. Y todo lo demás que enumeré. Ella sólo dijo que los pobres eran pobres porque querían. Sólo con esa frase me aclaró todo lo que se podía esperar de ella. No es que yo tuviera una pose progre, como bien he contado, estaba románticamente enamorado de Mariel, pero hay ciertas convicciones que sí poseo y que ella no tenía, y así no se puede.

Pero lo más irritante fue al darme cuenta de que para cualquier comentario que yo hacía ella utilizaba estas palabras: “Oh, qué horrible”, o bien, “Oh, qué bonito”, seguidas de una sonrisa o de un ceño fruncido, según del tono del comentario que respondía. Primero quise pensar que a ella no le interesaban los temas de los que yo hablaba, pero luego de varios minutos de conversación, y después de su desafortunado comentario sobre nosotros, los pobres, y un buen número de incursiones en diferentes temas, lo que creí aburrimiento de su parte se confirmó en ignorancia.

Ocurría algo aún peor: siempre pronunciaba esas frases de la misma manera: secas, sin textura, como si rezara un Ave María por enésima vez en un rosario. Era una belleza para contemplar. Nada más. No existía ningún matiz de pasión en sus palabras, ni para bien, y mucho menos para mal. Era gris. Estúpidamente gris. Parecía vacía. Como si la vida se le hubiera quedado atrapada bajo el maquillaje o se le hubiera ido a otra parte.

Al momento de contarle sobre mi hermano, que trabajaba como policía, ella se limitó a decir: “Oh, qué bien”, y esbozó una pequeña sonrisa, inmediatamente le conté sobre el escandaloso incidente en el cuerpo policiaco: circulaba un video de la pachanga que un comandante y sus achichincles hicieron, entre ellos mi hermano. Resulta que rentaron una quinta para hacer una horchata con un chingo de alcohol y drogas y un buen número de sexoservidoras y travestidos, y en el video se observaba cómo el comandante le hacía un baile cachondo a un transformer. Marielita no agregó nada más. También le platicué sobre el espantoso accidente en el que un matrimonio y sus tres niños pequeños murieron debajo de un tractocamión en la carretera a Durango, y que tuve que levantar un informe en la aseguradora. Ella dijo: “Oh, qué horrible”, y meneó un poco la cabeza. “Había mucha

sangre y el cerebro de un niño se salió a ver cómo se sentía el asfalto”, dije. “Ai, no, qué mal”, respondió.

Y vaya que no le conté pocas cosas. La conversación se extendió por lo menos una hora y media. Hizo lo mismo durante toda mi plática, excepto cuando le conté del video del gatito en Internet que se asusta con su propio reflejo, ahí sólo se limitó a mirarme como si le explicara la Teoría de cuerdas.

La siguiente vez que dijo: “Oh, qué bien” fue después de decirle que pensaba recomendarle a López que para el siguiente cumpleaños mejor hiciera una carne asada, pero en la noche, que celebrar un cumpleaños en el almuerzo es ridículo, lo hice con todas mis intenciones chingativas, pero no surtió ningún efecto. En ese momento me dieron ganas de tomarla por los hombros y sacudirla y cachetearla. Hacerla reaccionar. Mariel seguía estática, como si nada importara, y sonriente, pero ahora su mueca, además de horrible, me parecía una burla. Entonces decidí hacerla reaccionar.

Le dije que me parecía una mujer hermosa y que no tenía por qué maquillarse tanto, que no le hacía falta. Vi que dudó un poco. Ese titubeo dejó ver algo de vida. Pero después contestó: “Oh, gracias, qué amable”. Después le dije que me gustaría acariciar su cara y besarle el cuello, y ella contestó, no sin antes titubear de nuevo, “Oh...” Sólo dijo eso. Y seguí: “Te quiero morder las tetas desde hace mucho tiempo. Bajarte los calzones y empinarte. Lamerte toda la espalda y chuparte las nalgas. Meterte los dedos y luego metértela por el culo. Te quiero jalar el pelo con una mano y con la otra agarrarte a nalgadas mientras estás toda ensartada. Quiero que dejes la almohada llena de todo tu pinche maquillaje y que grites de puro placer. Después que me la mames y echártelos en el hocico”. Ella no contestó, en cambio, pareció tener vida. Vi coraje

en su rostro e indignación en su mirada. Sus pómulos se pusieron un tanto colorados, y antes de que ella contestara algo, imité su tono de voz y dije: “Oh, qué rico”.

Marielita se levantó emputadísima y se fue, no sin antes cachetearme y gritar, a todo pulmón, que yo era un imbécil. Todos en la fiesta se quedaron en silencio, observando lo que pasaba. Me dio gusto saber que no era sólo un adorno del pendejo de López, quien no sabía qué pasaba, pero intuyó que era algo malo. Pronto se encaminó hasta donde yo estaba y me tiró un puñetazo. Quedé algo satisfecho, pues era lo menos que esperaba de alguien a quien lo insultas en su propia fiesta. Aproveché para decirle que renunciaba a su chingada aseguradora y que el regalo que le llevé se lo podía meter por el culo, o metérselo por el culo a Marielita. Me fui de ese lugar con el deseo de que un comando armado llegara y los rafagueara a todos a la chingada.

Llegué a mi casa por la tarde. Caí en cuenta de que mi jefe era un hombre estúpido y merecía a esa mujer estúpida. Y ahora, siempre cuento la anécdota de cómo perdí el trabajo. No dudo en decirle a cualquiera: “A todos los pendejos nos gustan las viejas bonitas y pendejas, pero la que le gustó al pinche López ni siquiera era tan bonita”.

Domingo

Yo estaba convencido de que nada en la vida me podría sacar de la casa los domingos: ni las carnes asadas ni los partidos de fut ni los bautizos ni los sepelios... Nada. Me gustaba estar varado en la cama hasta pasado mediodía. Nomás me levantaba para ir derechito al sillón a tirarme y ver películas con el clima fuertote, que me diera frío, y como ley no escrita, no me bañaba. Ese era mi riguroso itinerario, aún en los primeros meses del embarazo de Laura. Era mi día de descanso. Hasta esta tarde.

Hoy tuve que hacer una excepción para evitar un colapso emocional de mi mujer, que ha estado insoportable desde hace unos días debido a las hormonas, según ella, pero en realidad creo que es una especie de venganza silenciosa por todos los domingos que no la he acompañado a ver a mi suegra. Laura se deprime y se alegra de un momento a otro, y nomás se la quiere pasar trague y trague. Su venganza es un chantaje para que yo la consienta. Lo peor es que lo logra.

Así que ahora mismo voy rumbo a Soriana para cumplirle un antojo de embarazada. Hoy, mi día sagrado, a treinta y ocho grados centígrados a la sombra, metido en mi Caribe 88. En la única estación de radio que sintoniza mi estéreo suena una rola del pinche Arjona. Tengo la misión de vida o muerte de conseguir uvas y carne de puerco. Digo de vida o muerte porque la última vez que no le cumplí un antojo, Laura dejó de hablarme por tres días. Cuando por fin lo hizo, me armó un escándalo. “Es que de seguro ya no me quieres porque estoy toda deforme, piensas que se me antojan unos tamalitos de chicharrón a propósito. No quieres a nuestro bebecito...”

Total, si está de bipolar, por más que yo intente enmendar mis “metidas de pata”, ella siempre encuentra la forma para hacerme sentir mal. Por eso, al decirme que tenía ganas de asado y uvas pero que no teníamos carne ni frutas en la casa, no la pensé dos veces en sacrificar unos minutos de mi domingo. Mi espíritu es enano a la hora de enfrentar a mi mujer, perdón... Porque una cosa es que mi domingo sea intocable y otra cosa es que mi mujer se ponga intocable. La última vez que me aplicó la ley del hielo con su cuerpo, duró tres semanas sin dejarme ni siquiera sobarle la panza.

No me di cuenta de que llevaba enfundados en las patas diferentes pares de huaraches hasta que me bajé del carro en el estacionamiento: uno de pata de gallo color verde y el otro de meditera, naranja fosforescente. Salí con tanta prisa que no me fijé, porque de veras, Laurita se pone muy mal. Además, como que se me empezó a antojar el asadito. Si hubiera llevado un calcetín de uno y otro de otro, no habría problema, me los quito y ya, tan tan, pero no, llevaba huaraches distintos. Por Dios, ¿quién usa chancas naranjas fosforescentes?

Por un momento pensé en comprar otro par ahí, de preferencia de un color más discreto. Pasar a la tienda haciéndome el loco con mis patas bicolores y tratar de no patrocinar las burlas de otros clientes. Hice cálculos de cuánto me podrían costar unos huarachitos nuevos y me di cuenta del cuarto error que cometí ese día: no traía la cartera.

Apenas me alejé unos cuantos pasos de la Caribe cuando descubrí mi pobreza. Regresé al auto para hacer una búsqueda exprés de morralla en el tablero, los asientos y los tapetes, a ver si por pura casualidad tenía suficiente dinero como para completar mi encargo. La búsqueda fue inútil: encontré veinticinco pesos. No

me quedó de otra más que maldecir y lanzarme de nuevo a la casa.

Veinte minutos después, con bochorno y con vergüenza por mi estupidez, estaba en el umbral de mi propia casa.

—¿Ya volviste tan pronto, Gordo?

—Sí, Flaquita...

—¿Y me trajiste las uvitas?

—No...

—Ah...

—Es que se me quedó la cartera en la casa, y además me vine a cambiar las chanclas porque... —dije y alcé un pie y mantuve el equilibrio para mostrarle mi disparidad de colores y estilos huarachescos.

Se veían ridículos, y yo me veía más ridículo al hacer un cuatro para mi esposa, para poder mostrarle mis chanclas, como si del alcoholímetro se tratara. Pero ella no me dejó ni terminar la frase ni demostrarle mi equilibrio.

—¡No me trajiste nada porque ya no me quieres! —y empezó a llorar.

La tranquilicé como pude. ¿Cómo lo hice? Quién sabe. Ya tranquila le hice ver lo que pasó. Tuve que poner énfasis en mi pendejez para convencerla y sacarle una sonrisa. Cosa que no me gusta. No digo que no me guste hacerla sonreír, sino que no me gusta autoinsultarme.

Laura me hizo prometerle que iría de nuevo a buscar la carne de puerco y las uvas, que volvería pronto. Ahora también quería una bolsa grande de Cheetos de los morados. “Dalo por hecho”, le dije. Ella lloró de nuevo. No entendí lo que sucedía.

—Es que eres muy bueno conmigo. No lo merezco. Siempre me consientes.

Ohquéla, qué bueno que me decía eso, de verdad, pero qué malo que me lo dijera entre lágrimas y mocos. Pobrecita de mi mujer: creo que las hormonas sí la estaban volviendo loca. Ahora quién sabe por qué también yo estaballorando.

Me contagió lo sensible porque, de veras, lo juro, todas sus palabras que salían de su pecho eran lindas. Era muy bonito escucharla. Me llegó directo al corazón, y me solidaricé con ella con mi llanto. Cosa que resultó, porque de nuevo volvió a sonreír entre tanta lágrima y moquero. “Eres un tonto, por eso te quiero, Gordo”. Y se tranquilizó. Me dio gusto volverla a hacer sonreír sin tener que apelar a mi pendejismo. Todo bajo control aparente.

Salí de mi casa una vez más durante mi sagrado domingo. Ahora estaba fuera por una pendejada mía y no por un capricho. Ahorita ya estaría tirado en el sillón con la tele bien fuerte. ¿Cuál será la diferencia entre una pendejada y un capricho? La verdad es que no sé, pero en este momento ninguna. Nuevamente me encontraba al volante. Ya era domingo por la noche.

Llegué al estacionamiento de Soriana, de nuevo, bajé del carro, de nuevo, sólo para darme cuenta de que traía los huaraches impares, de nuevo. Cometí el tercer error, de nuevo. Ya no supe si era el quinto error o contaba dos veces como el tercero. Con tanta lloradera y consoladera se me olvidó cambiarme los chingados huaraches. Y ya ni modo: a lucir en mis pies mi pendejez. Sin orgullo, claro está. Ya no me iba a regresar a la casa, no quería que Laura volviera a llorar y esta vez no pudiera, quién sabe cómo, tranquilizarla.

No batallé para encontrar las uvas, tampoco para encontrar la carne de puerco, que, por cierto, estaba carísima. Imagino que la carne de delfncito bebé sale más barata que esta pierna conge-

lada. Sí, congelada. La carne fresca y sin hueso no la venden en Soriana, de seguro porque a la congelada y con hueso le sangran más el bolsillo a los samaritanos. Un negocio redondo. De seguro los supervisores, o los gerentes, o los encargados de ventas, o qué sé yo quién sea, tienen una mentecilla maligna que sólo sirve para hacer dinero. Seguro su plan fue: partimos en filetes de casi un kilo toda la pierna de puerco, le damos una rociadita con agua, ¡no!, mejor aún: se las inyectamos, los metemos a congelar, los empaquetamos, y tómalas: el filete pesa más de un kilote, y así se la vendemos a todos los que tienen una esposa embarazada, bipolar y antojadiza, que no les queda de otra más que venir a comprar aquí, un domingo por la tarde-noche, cuando todas las carnicerías están cerradas. Ganar-ganar. Ellos consiguen su carne, nosotros nos quedamos con su dinero, y sus esposas felices porque les cumplen sus antojitos. ¡Somos unos malditos genios! Todo eso pensé mientras buscaba los Cheetos.

No había por ningún lado, así que le marqué a mi mujer para decirle que no encontraba esa parte del encargo y para ver si mejor quería otra cosa.

—¿Qué pasó? —me preguntó un poco alarmada.

—Nada, Flaquita, todo bien, pero fíjate que...

—Ay, en la tele pasan un programa bien interesante: sobre cunas inteligentes.

—Ah, qué bien... —al parecer lo alarmada se le pasó muy pronto.

—Sí, te avisan si el bebé está dormido o despierto, y regulan su temperatura porque tienen un dispositivo que permite saber si el bebé tiene frío o calor...

—Oye, amor...

—Y tienen Wi-fi. Se le puede conectar el iPad para que arrulle al bebé, se le descarga una aplicación y...

—Espera, espera, nosotros no necesitamos eso...

—Claro que nosotros no lo necesitamos, tontito, pero Archivaldo sí, el cuerpo de los bebecitos debe estar siempre calentito...

—¿Quién es Archivaldo? ¿Cómo que Archivaldo?

—Sí, Archi. Así decidí que se llamará nuestro hijo.

—¡Pero si todavía ni sabemos si será niño o niña!

—Pues si es niña se llama Archivalda.

—Pero...

—¡Punto! —y me colgó el teléfono.

Ahora no sabía qué hacer. De la forma más absurda me enteré que mi hijo ya tenía nombre, un nombre más horrible que el mío. Ay, mi Laurita, y yo que pensé que juntos lo íbamos a decidir. En fin, esperé que fuera algo pasajero el gusto por ese nombre tan feo, Archivaldo, y pudiéramos hacer algo al respecto para no desgraciarle la vida. Qué nombrecito. No le quise dar más vueltas al asunto y decidí que ya no iba a batallar con los Cheetos y me llevaría unos de los anaranjados, los tradicionales, los de siempre, esos con sabor a queso y más que eso.

Llegué a la zona de cajas y me puse a buscar una en la que no hubiera mucha gente. Es curioso: hay unas cuatro o cinco “cajas rápidas” en las que sólo pueden hacer fila los clientes que lleven menos de doce artículos. Están juntas, pero aisladas de las otras cajas: unas murallas de papitas, de chocolates y rastrillos las separan.

Ese tipo de cajas casi siempre están hasta la madre de clientes que piensan que por llevar menos cosas los van a atender más

rápido. Sin embargo, como la gente tiene mucha prisa en ser atendida, y como la prisa apendeja, como me apendejó a mí con los huaraches y la cartera, y como ya se quieren largar de ese lugar, confunden el letrero de “caja rápida” con eso, con rapidez, y no toman en cuenta que, como ellos, otros también tienen prisa, y congestionan el lugar. Mientras que las cajas “normales” esperan del otro lado de la muralla de chatarra con uno o dos clientes que llevan carritos llenos y otros no tanto. Desde mi envidiable punto de vista, y casi comprobado científicamente, si no hay mucha gente en Soriana, te atienden más rápido si haces fila en las cajas normales que en las rápidas.

Así fue. Encontré una caja de las normales que estaba sola, esperándome para que depositara los caprichos de Laura en la banda transportadora. El cajero, un joven veinteañero con granos en la cara, muy amablemente, me preguntó “¿Encontró todo lo que buscaba?”, Le dije: “No, para nada, en toda esa muralla de papitas no había Cheetos de los morados, tampoco tienen carne de puerco fresca. Esta tienda no está bien surtida, ¿qué les pasa?, ¿no que aquí tienen más cosas que la competencia y muy chingones y no sé qué mierdas?” No es cierto, en realidad no le dije eso, sólo contesté con un “sí, gracias”. “¿Tarjeta de puntos?”, me preguntó. ¿Cómo que tarjeta de puntos? ¿Me la ofrecía o me la pedía? Sí, sí, ya sé que me la pedía, pero qué pedo con esa pregunta. No sé por qué no la formuló bien: “¿Tiene tarjeta de puntos? ¿Cuenta con tarjeta de puntos?” Tantas formas que hay para pedirla y este socarrón nomás dice eso. . “Ahorita no la traigo, joven”.

El cajero terminó de cobrar. “Son ciento dieciocho pesos con cuarenta centavos, ¿gusta redondear los centavitos?” Cabrón, ¿eso sí lo sabes preguntar? ¿Centavitos? ¿Por qué les dicen centavitos?

¿Qué piensan, que si dicen centavitos en lugar de centavos nos parece que son más chiquitos? ¿Que no valen, que no los quiero o que no me hacen falta? Tal vez la sonrisota que puso al decir lo del redondeo le sirva para embaucar a las señoras, pero conmigo no, conmigo se chinga. Así que le dije que no. Un no tajante que si estuviera escrito sería un señor no, con mayúsculas, de esos que alejan todas las dudas.

Claro que no le voy a donar mis “centavitos” a los niños pobres de la Filarmónica Irritila de La Laguna, tampoco al Centro Cultural Amparito Franciscán, mucho menos después de que me robaron dinero con la carne de puerco congelada.

No. Y la negativa al redondeo transformó la sonrisa encantadora del rostro cacarizo del joven cajero en unas cejas fruncidas y una boca chueca. Hasta parecía que lo ofendí. Me dio mi cambio con todo y mis “centavitos”, pero se le enchuecó toda la cara. No es que yo fuera tacaño, si hasta unos huaraches me quería comprar hace rato, pero yo no redondeaba por tres cosas:

1. No regalo mi dinero para que deduzcan impuestos otras personas, físicas o morales, porque bien que me parto la madre para ganarme mis “centavitos” para que una empresota todapoderosa done mi dinero a su nombre. Una pequeña victoria contra el sistema. O eso me gusta pensar.
2. Me da curiosidad ver cómo reaccionan los cajeros cada vez que les digo que no redondeo. La mayoría se enoja y regresa el cambio de mala gana. Hasta parece que esos “centavitos” que dan de cambio se los rebajan del sueldo.

3. El ambiente que se crea con los demás clientes alrededor se vuelve tenso. Si hay alguien formado detrás de ti, por lo general, se queda callado, pero te reprueba con una mirada que dice: “Pinche tacaño muerto de hambre, a ver qué te completas con diez centavos”.

Aunque, a decir verdad, prefiero que los cajeros me pregunten si redondeo y mandarlos a la chingada a que se atribuyan la libertad de hacerlo sin preguntar. Eso sí me encabrona.

Ya en el estacionamiento, a un lado de mi Caribe, había un carro de esos como los de Barbie: un Beatle rosita. “Ha de ser una morra joven y caprichuda y con dinero la que lo maneja, seguramente”, pensé. De repente vi a un par de vatos que llegaban con el carrito de compras lleno de cartones de cheve, como de mi edad, pero no tan panzones. Hacían mucho escándalo. “Oye, guapo, ¿nos ayudas a chupárnosla?... ¿y la cheve también?” me dijo uno, y soltaron la carcajada los dos.

Me apresuré a abrir mi carro para subir y arrancar lo antes posible, y no es que la invitación de una cerveza no me agrade, pero es que los raritos nomás no, mejor de lejos.

Estaba a punto de subir a la Caribe cuando una chica se acerca al Beatle y me alcanza a decir: “No les hagas caso a estas locas”, y se rieron. Hice como si no la hubiera escuchado y me trepé al carro. “Qué bonitos huaraches traes, papacito”, me gritó uno, y los tres soltaron una nueva carcajada.

Arranqué y salí del cajón del estacionamiento. Por el retrovisor vi que la chica se subía al barbicarro en el lugar del conductor. Sentí alivio por el par de raritos esos porque, como pensé, el coche

era de una morra. Siendo sincero: ¿quién se atreve a negar que un hombre, aunque sea maricón, se ve ridículo al manejar un coche de ese tipo?

Voy de regreso. Al parecer todo ha salido bien. Nomás me queda volver a la casa para vararme en mi sillón y aprovechar lo último que me queda del domingo. Ya me vi: llego al hogar, dulce hogar, pongo a cocer el chile, parto la carne, la condimento, la pongo a freír; licúo el chile, lo cuelo y se lo agrego a la carne, y ¡voilà!: asado listo. Contado así parece ser una tarea lenta, pero no. En realidad me gusta cocinar. En eso suena mi teléfono.

—Hola, Gordo...

—Qué pasó, bonita.

—Discúlpame por colgarte, es que me da coraje que no me escuches...

—Ah, ahora resulta que yo soy el que no te escucha, por eso me cuelgas el teléfono.

—Ay, ya. No te hablo para discutir, quiero hacer las paces contigo.

De veras, en el fondo es buena vieja mi Laurita.

—Está bien, mi amor, ya no discutamos —le digo comprensivamente.

—Jeje, me da gusto escucharte contento.

—A mí también me da gusto escucharte contenta.

—Te amo, Gordito.

—Yo también te amo, Flaquita.

—Oye, sí me traes los Cheetos moraditos, ¿verdad?

—Fíjate que para eso te marqué hace rato. No encontré en Soriana.

—¿Cómo chingados que no encontraste?

—Pues sí, no encontré.

—Pues a ver cómo chingados le haces, porque a la casa no

llegas sin esos pinches Cheetos morados. ¡Búscalos bien, cabrón!

—Pero...

Y me colgó de nuevo.

Ohquéla. Otra vez me la aplica, pinche Laura. Y según ella quería hacer las paces. Doy una vuelta en U en el siguiente retorno y voy derecho a Walmart para buscar los pinches Cheetos morados, sirve que me distraigo un rato y no llego a la casa a ver a mi fiera.

Llego a Walmart. El ambiente es otro. Desde que dejé la Caribita en el estacionamiento me doy cuenta de que casi no hay carros feos. El mío es el más feo. Puros del año, casi casi salidos de agencia. Uy, y también adentro de la tienda la cosa es otra. Nada que ver con los marranos de Soriana...

En la entrada me recibe una viejita muy amable. Al parecer es la encargada de la paquetería. ¡Pero qué cosa más cruel! Tienen a una venerable anciana que recibe las cosas de gente extraña y acomodándolas en cajones horribles, si en realidad la anciana debería estar en un asilo, alejada de este mundo moderno, tecnológico y tan absurdo que de seguro la abrume. Porque en serio, no hay nada más maligno para un anciano que la tecnología: no la entienden. No se hallan. Se frustran. La pobre ni puede caminar: renguea para entregar cada paquete que guarda. No logro entender por qué es tan amable. Si llego a viejo, a este paso y con esta actitud, de seguro seré un anciano de esos amargados que odian al mundo. De esos que se enojan sin saber por qué. Que odian a los perros y a los niños y que no entienden nada de nada...

Aunque, por otro lado, ya, en serio, me da gusto que le den trabajo a los viejitos. Qué lástima que sea un trabajo tan humillante,

de esos que deben hacer sólo los estudiantes, pero qué bueno que los hacen sentir útiles a la sociedad... No. Qué mierdas. Quién quiere trabajar cuando esté ruco.

Camino por los pasillos y la gente que viene aquí también es distinta. Las muchachas con sus mayitas pegaditas y sus tenis del gimnasio, en busca quinoa; las señoras copetonas pavoneándose entre las verduras; alrededor de un carrito va la mamá, el papá y los niños, felices, como si hacer el mandado fuera tan divertido como ir a un parque de diversiones... Más bien creo que es eso: en esta ciudad no existe ni un parque de diversiones. No pasa de que haya jueguitos mecánicos tipo kermese de la iglesia o en la Alameda Zaragoza. Ni siquiera los juegos mecánicos de la Feria del Algodón son atractivos.

Ya creo saber por qué los morros se entretienen tanto en los supermercados. Ahí está el chavillo a corre y corre, como loco, por los pasillos, agarrando “confleis” y los juguetes, manoseando el pan y en eterna súplica por un chocolate, hasta que la mamá lo regaña a muerte. Unos hacen berrinche y les va peor; otros parece que son más civilizados y se aplacan. No sé si ser anciano o ser niño es más difícil, en todo caso, los dos sufren, casi casi son marginales. El mundo no está diseñado para ellos. Lo que sí me consta, y para lo que ningún hombre está diseñado, es para tener una esposa embarazada que te haga sufrir más que subir a una montaña rusa sin cinturón de seguridad.

Walmart es diferente, de veras: además de las cajas “normales” y las “rápidas”, hay otras que dicen “especiales”. ¿A qué se refieren con especiales? ¿En esas no te piden que redondees los “centavitos” o qué? Ah, no, ya vi, hay un letrerito azul con un mono en silla de ruedas. Las cajas “especiales” son para “las

personitas especiales”. Pinches eufemismos para no decirle cosas feas a los tullidos. Pero bueno, al menos se ve que los toman en cuenta. Aunque rápidamente llego a la conclusión de que esas personitas especiales no usan las cajas “especiales”, ¿qué tipo de ser humano manda a un mongolito, a un lisiado o a una embarazada a hacer las compras? El tipo de personas que usan esas cajas eufemísticas son los gordos.

Puro colesterol mórbido se desplaza por Walmart en carritos eléctricos que, adaptados con canastillas para hacer las compras, fácilmente soportan una media tonelada de ser humano y otra media tonelada de grasas saturadas de gansitos. Es lamentable. Pero más lamentable todavía es que por todos lados hay campañas en contra de la obesidad, pero los precios de las frutas y verduras están carísimos, los refrescos al tres por dos y los carritos para gordos al por mayor, invitándote a rodar sin hacer esfuerzo alguno en lugar de caminar. “Come más, sé más flojo, úsame”, parece que eso dicen. Tengo menos de cinco minutos en la tienda y ya me topé a cuatro gordos contentos en esos carritos, todos escogen comida basura. Ah, la comodidad, siempre a la orden de la holgazanería... Qué envidia.

Después de tres vueltas por la tienda y varios avistamientos de gorditos motorizados, empiezo a creer que tampoco Walmart tiene Cheetos morados. ¿Qué les pasa a estos consorcios, no que muy surtidos y muy chingones? Estoy en chinga, a la caza de los Cheetos y no ha habido ningún avistamiento. En cambio, aparece una jovencita muy amable:

—Buenas noches, ¿puedo ayudarlo en algo? —me dice.

—Sí...

—¿Buscaba algo en especial?

—Sí...

—¿Qué buscaba?

—Estoy busc...

—Aquí estoy para servirle...

¡Ya, déjame hablar hija de la chingada! Pienso en decirle que se calle y que se vaya, pero también pienso en que de verdad puede ayudarme.

—Busco Cheetos de los morados.

—¿Cheetos de los morados?

—Sí... de los que son morados —parece que no me sé explicar delante de esta morra, porque no entiende nada—. Bueno, de los que vienen en una bolsa morada.

—Ah...

—¿Sí tienen de esos? Busco una bolsa grande.

—No, no hay. De esos no existen.

—Ah, chinga, ¿cómo que no existen? —me sorprendo. Ahora soy yo el que no entiende nada— Sí existen, yo los he visto, son los colmillitos picositos...

—Bueno, sí existen, quiero decir que no vendemos. De esos Cheetos morados no existen en presentaciones grandes, puras chiquitas, pero aquí no las vendemos. Aunque sí tenemos de los Cheetos anaranjados, de los clásicos.

—No, gracias, busco los otros.

—Y también tenemos Sabritostachones con un treinta por ciento de descuento, por si le interesa...

—Gracias, pero no. Muy amable.

La chica voltea a mirar mis chanclas, y de una forma muy natural agrega:

—Y también hay descuento en el calzado para caballeros.

Méndiga vieja. Le tenía que salir lo payaso en cualquier momento. Apenas pienso en decirle de cosas pero miro su cara y veo que sonrío amablemente, en verdad, ella no hizo su comentario para burlarse, lo hizo en serio, para ayudarme, sin malicia. ¿Qué le pasa a esta morra?, ¿de veras le gusta su trabajo? De seguro es nieta de la vieja de la paquetería de la entrada.

—Recuerde que estoy para servirle —remata.

No me queda más que agradecerle y regresar cabizbajo.

Antes de salir de la tienda algo llama poderosamente mi atención: una promoción inigualable: tres caguamas por sesenta pesos, y como ya estuve tentado desde hace rato por los jotitos, quiero decir, que me antojaron las cheves, no se vaya a pensar otra cosa, tuve que aprovechar. Por fin, parece que ora sí algo sale bien.

Voy con mis tres caguamas en los brazos como si se tratara de mi futuro Archivaldito y me planto en una caja de las “normales”. ¿Quién soy yo para formarme en una “especial”? El cajero es un anciano que se ve muy entusiasmado. “¿Encontró todo lo que buscaba?”, me dice. “No, pero me encontré estas caguamas que ni buscaba”, le respondo. El viejo me sonrío con mucha amabilidad, y agrega: “¿Algo más en lo que pueda servirle?”, pero el güey lo dice realmente de corazón, con todo el afán de ayudar, igual que la morra de hace rato. ¿Por qué tanta felicidad? Me molesta tanta amabilidad gratuita por más que sea sincera. Un día de estos me voy a poner a acosar gente igual que ellos. De verdad, hacen sentir a las personas incómodas. Pinche Walmart, ¿qué le haces a la mente de tus empleados?, ¿los drogas? Porque de seguro ni les pagas bien.

El viejito acaba de cobrar y me dedica otra sonrisa enorme. Como no me preguntó por el redondeo le devuelvo la sonrisa. Y

en eso me doy cuenta de que el empacador es otro viejito, volteo a las demás cajas y, oh, sorpresa: todos los cajeros y los cerillitos son ancianos. Qué es Walmart, ¿un asilo?, ¿un moritorio?

Estoy en el estacionamiento. Me siento derrotado. Sólo me queda el consuelo de las cheves. A unos metros de mi Caribe hay un Beatle amarillo que intenta acomodarse de reversa en el cajón, cómo pululan esos pinches carros feos. Tiene los vidrios polarizados y sólo alcanzo a ver una silueta dentro. De inmediato imagino que se trata de una chica guapa la que está detrás del volante. Una güera que vuelve del gimnasio enfundada en una licrita. Me hago tonto y busco las llaves para tratar de verla mejor. Ah, cómo batalla para estacionarse. Vieja tenía qué ser. Me dan ganas de acercarme a su coche y decirle: “Oye, hija, si no es mucho mi atrevimiento, podría estacionar el carro por ti para que no batalles, ¿cómo la ves?” Y ella, con una sonrisa coqueta me diría: “Claro que sí, muchas gracias, eres todo un caballero de los que ya no hay, de seguro tu mujer se siente muy afortunada al tenerte a su lado”.

En eso estaba cuando un tipo medio mamado, chaparro y pelón se baja del Beatle amarillo que dejó mal acomodado en el cajón, le valió madres, y vaya chasco que me llevé. Nos miramos un breve momento. El cruce de miradas más incómodo de la historia: yo defraudado por esperar a una chicuela; él avergonzado por no poder estacionarse bien y por su Beatle, por su puesto. Cierra la puerta de su carro. Yo abro el mío. Antes de encender la Caribita, el vato me dice como disculpándose: “Es el carro de mi vieja”. Sonríó levemente y arranco.

Nuevamente veo por el retrovisor un barbicarro y me fijo que una figura triste, avergonzada y calva, lo abandona. De veras, pobre cabrón, me da lástima.

Conduzco y de reojo veo la cara de Chester en esa bolsa de Cheetos anaranjados que compré en Soriana. El Chester me sonrío. No, más bien se burla. ¡Se burla de mí por no conseguir el encargo de mi mujer! Esa sonrisota que tiene parece decirme: “Eleuterio, fracasaste, eres un mal proveedor, un perdedor...” No, señores, Eleuterio no es ningún perdedor, se los voy a demostrar, en especial a ti, pinche Chester, ¿de quién crees que te burlas? Y de inmediato, como si me hubiera iluminado, ya sé qué es lo que tengo que hacer. Si la bolsa familiar de Cheetos morados no existe, compraré varias de las chicas y se las llevaré a Laura, para que vea que hago todo por ella. Ah, mujeres, lo que nos pidan lo haremos, si no podemos no existe, y si no existe lo inventamos... Pinche Arjona: sí eres pegajoso, cabrón.

Ahora sólo tengo que encontrar una tiendita de la esquina que esté abierta a las diez de la noche. En esta ciudad polvorienta. En domingo. Pinche Chester: me la pones difícil. Ese fue el segundo error: haber salido en domingo a buscar las chingaderas de Laura.

Después de dar vueltas como loco al fin encuentro una tiendita de la esquina, y aunque en realidad la tiendita no está en una esquina, sí está abierta. Es raro encontrar un negocio de este tipo, casi ninguno sobrevive a la mitosis de Seven Elevens que ha habido en la ciudad. Ah, por cierto, no llevo a comprar a un Oxxo o a un Seven porque inflan mucho los precios, son bien careros. Prefiero apoyar a la economía local y la economía de mi bolsillo.

La tiendita parece olvidada por la mano de Dios. Está alumbrada por un foco ahorrador, de esos que parpadean por lo viejo que están. El lugar es atendido por una anciana que está detrás de un mostrador de madera vieja.

¡Cheetos morados!, ¡aquí sí existen! Me llevaré las últimas seis bolsas que quedan. Según una cinta en el estante cuestan cinco pesos. Por un lado, qué barato es complacer a Laurita, por otro, qué pinches caros están los Cheetos, por otro lado más, cuánto tiempo cuesta complacer a Laurita.

Saludo a la viejita. Pongo las frituras en el mostrador. Saco de mi cartera dos billetes de veinte pesos, le dejaré propina, cómo no. La señora saca una calculadora y empieza a hacer una operación. Estoy listo para pagar e irme. Misión cumplida. La anciana tarda mucho al hacer la cuenta. Demasiado. Al fin termina y me dice:

—Son cuarenta y dos pesos, joven.

—Son treinta, ¿no?

—No, son cuarenta y dos, joven.

—No, son treinta, allá dice que cuestan cinco pesos los Cheetos. Llevo seis, y seis por cinco son treinta...

—No, son cuarenta y dos pesos, joven.

—Pero ahí dice que...

—Son cuarenta y dos.

—¿Por qué, si allá dice que cuestan cinco?, ¿o a cuánto da los Cheetos?

—A siete pesos.

—¿Entonces por qué los anuncia a otro precio?

—Si no los quiere déjelos en donde los agarró.

Por un momento contemplé la idea de aventarle los pinches Cheetos morados en la cara y escupirle, pero no soy tan mala persona, sólo le deseo que pronto se convierta en el reemplazo de alguna cerillita del Walmart.

—Está bien, está bien, aquí tiene.

Busco dos pesos más en mi bolsillo para completar el nuevo

precio. Ella solita se cobró la propina.

—Muchas gracias, joven, vuelva pronto.

—Gracias.

Pinche vieja ratera. Pero al menos ya tengo los colmillos picositos que quiere Laura. Pinche Laura.

Cuando llego a la casa me siento agotado, pero sé que ya gané.

Me muero de ganas por ver a Laurita contenta porque volví.

Abro la puerta, y grito triunfante:

—¡Laura, ya vine!

—Acá estoy, mi amor, en la cocina.

Y voy derecho para allá, casi casi bailando, con todas las cosas en los brazos.

—¿Qué haces con esa rebanada de pizza?

—Ay, Gordito, es que te tardaste mucho y me dio hambre.

—¿Pero y el asadito que íbamos a hacer?, ¿y los Cheetos morados?

—Pues yo no tengo la culpa de que te metas en quién sabe dónde...

—¡Busqué los pinches Cheetos por todas partes, Laura!

—¡De seguro te fuiste con otra vieja! Los pinches Cheetos los encuentras aquí en la esquina, no te hagas pendejo...

—¡Piensa lo que quieras! Ya, a la chingada. No me importa. Aquí están tus mugreros.

Le dije eso, aventé todas las bolsas de Cheetos a la mesa y me fui a aplastar a la sala a ver lo que hubiera en la tele. Abrí una caguama, caliente, por cierto, y me dio más coraje. Pinches cheves calientes en este infierno son como una patada en los huevos con botas de

casquillo. Que la muy méndiga no me haya esperado y haya pedido una pizza, y encima me acuse de infiel, después de arruinar mi día, mi sagrado día, no tiene madre. Si ya decía yo, el primer error que cometí, el culpable de todo, El Error, fue haberla embarazado, se volvió más pinche loca, un monstruo come mugrero.

Acabé de tomarme la caguama. Laura se quedó en la cocina todo este tiempo, no sé si lloraba o se chingaba la pizza o los Cheetos. Vi mis pies. En realidad son muy ridículas las chanclas. Creo que si yo hubiera visto a alguien tan disparejo como estoy, me hubiera burlado mucho, sin piedad.

Luego de un buen rato Laura se acerca a mi lado y me da un beso. Así es como ella ofrece disculpas. Tiene aliento a colmillos picositos y yo siento en la garganta el sabor dulzón de la cerveza rancia. Pero ninguno de los dos comenta nada sobre nuestras respectivas halitosis, pero ella, muy campante, sí me dice:

—Gordo, ¿qué vas a hacer mañana?

—¿Como que qué?, pues partirme la madre para ganar unos pinches “centavitos”.

—¿A trabajar?, qué te pasa, mañana es día feriado, ¿ya se te olvidó?...

—Ah...

—Es que... Ay, Gordito, discúlpame. Sé que a veces me pongo mal. Muchas gracias por los Cheetos moraditos. Ya me los comí todos. No sabes cómo tenía ganas de comerme unos desde hace días... Pero bueno, como eres muy bueno conmigo, mañana te voy a compensar por todo lo que hoy hiciste por mí. Te voy a cocinar un asado rojo con la carnita que trajiste hoy y te voy a llevar a que escojas unos huaraches chingones, mira nomás esos que traes...

—Muchas gracias, Flaquita... sabes que te amo.

—Yo también te amo...

Y nos dimos otro beso apestoso.

—Oye, Gordo, fíjate que mientras me comía los Cheetos la pensé y sí, Archivaldo es un nombre muy feo. No hay que ponerle así a nuestro bebecito. ¿Cómo te gustaría que se llamara nuestro bebé?

—Si es niña, como tú.

—¿Y si es niño?

—Domingo, mi amor.

Índice

Dentelladas y certezas.....	7
El verde y la plaga	9
Los dueños de la plaza	15
Todas son de todos	21
Cruzar la calle	27
Los arcanos	33
Visiones y absurdos	41
Adiós, Oralia	43
1	43
2	44
3	45
4	45
5	46
6	48
7	48
8	49
9	50
10	51
11	52
12	54
13	55
14	58
15	61
Condenados	63
Miopías y más absurdos.....	71
Nací en febrero.....	73
A quién no le gustan bonitas	81
Domingo	89

Ojo por diente
se terminó de imprimir
en Infocolor Impresores

Se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro.

El tiraje fue de 500 ejemplares